

# SEMBLANZA DE DON ANDRES BELLO LOPEZ<sup>1</sup>

Juan Andrés Orrego Acuña<sup>2</sup>

El devenir de los pueblos se teje con una lógica que escapa con frecuencia al entendimiento de los hombres. En no pocas oportunidades, el derrotero de un país queda condicionado por la irrupción de una figura descollante, que para bien o para mal, marca a fuego el destino de aquél. Por un arcano de la Historia, tuvimos la fortuna que fuera Chile el país que escogiera Andrés Bello López, para volcar toda su sabiduría y buen criterio, transformando con ello la Historia patria. Porque -¿quien podría ponerlo en duda?-, el desarrollo político, jurídico y cultural de nuestra nación, no habría sido el mismo, sin la impronta indeleble que dejó en ella la colosal actividad de Bello. Imaginamos aquella escena en la que, en una tarde londinense gris y apacible, el sabio cede finalmente a las instancias de su amigo Mariano Egaña, señor de este lugar en el que ahora nos encontramos, y acepta viajar al fin del mundo, a una tierra para él desconocida y tan diferente de aquella en que había nacido. Hoy, hemos sido convocados para recordarlo. Quizá, él y su amigo Egaña, nos contemplan en este momento, entre divertidos y curiosos, bajo la sombra de alguno de los árboles majestuosos que nos rodean. Porque la muerte física nada significa. Porque cada vez que recordamos con agradecimiento a un gran hombre, vive para nosotros y continúa prodigándonos sus enseñanzas. Ello, creo, es la mejor justificación de este acto conmemorativo.

En las líneas que siguen, intentaremos, apretadamente, esbozar un bosquejo biográfico de la trayectoria vital de quien continúa viviendo en nuestra memoria y nuestros espíritus. Tarea nada fácil, advertimos, si tenemos en cuenta que Bello fue un excelso humanista, filósofo, jurisconsulto, cosmógrafo, poeta, profesor, senador, consejero de estado, escritor, crítico literario y periodista<sup>3</sup>. ¡Once roles desempeñados brillantemente en el teatro de la vida, no es poca cosa! Trataremos de

---

<sup>1</sup> Parte de este trabajo se expuso en una “*Jornada en Homenaje a don Andrés Bello*”, con motivo del sesquicentenario de la promulgación del Código Civil, realizada por la Facultad de Ciencias Jurídicas de la Universidad Internacional SEK, el 18 de octubre de 2005, en la Casona y Parque Arrieta, Peñalolén, donde se emplaza la Casa Central de dicha Universidad, y que en el Siglo XIX perteneciera a la familia Egaña.

<sup>2</sup> Profesor de Derecho Civil.

<sup>3</sup> Bunster, Enrique, “Bello, redactor de “El Araucano”, en “*Crónicas Portalianas*” (Santiago de Chile, Editorial del Pacífico S.A., año 1977), pág. 183.

desentrañar al joven pletórico de inquietudes y después al hombre que deslumbraría con su inteligencia. Pero lo haremos, delineando un retrato más amigable que aquél que presentan los libros de Historia. Como decía Joaquín Edwards Bello, en el caso de Andrés Bello y de otros patriarcas americanos, la Historia, como la escultura, mata en ellos su humanidad y los muestra como modelos de gravedad en la apoteosis final. Se trata entonces de bajar del pedestal al personaje histórico y de recuperar al hombre, de arrancarlo de la envoltura de hierro en que la posteridad lo ha fijado. De esa estatua que muestra a Bello en su ancianidad. Porque si nos quedamos sólo con esa imagen postrera de su vida, corremos el riesgo que advertía Chateaubriand: la gloria, decía, es para el anciano lo que los diamantes para las señoras de edad muy provecta: adornan, pero no embellecen<sup>4</sup>.

En la vida de Bello, se observan tres etapas bien definidas. La primera, correspondiente a sus años venezolanos, coincide con su niñez y juventud, y se extiende por 29 años (1781 a 1810). La segunda, en la cual el joven se transforma en un hombre, la vivirá en Londres y abarca 19 años (1810 a 1829). La tercera y más extensa, es la etapa chilena, que se prolonga por 36 años. En esta, un hombre ya maduro e intelectualmente formado, vuelca su capacidad creadora en un trabajo infatigable y cuyo balance es portentoso. Estas tres etapas corresponden pues, en palabras de Eugenio Orrego Vicuña, biógrafo de Bello, a sus años de formación, la primera, de perfeccionamiento y decantación, la segunda, y de culminación vital, de logro máximo, la tercera<sup>5</sup>.

En esta exposición, seguiremos pues el mismo orden tripartito, advirtiendo que no tocaremos sino tangencialmente su trabajo jurídico y en particular su obra más excelsa, el Proyecto de Código Civil, pues dicha tarea ha quedado reservada a distinguidos académicos que también intervendrán en esta jornada de homenaje.

## 1.- NIÑEZ Y JUVENTUD.

Poco se sabe de la familia de Andrés Bello. Eran hidalgos avecindados en Caracas, venidos a menos<sup>6</sup>. La casa de Bello se situaba en los suburbios de la ciudad, *“en el ángulo suroriente de la actual esquina de Luneta, la entonces denominada esquina de Juan Pedro López”*<sup>7</sup>. Su familia

---

<sup>4</sup> Edwards Bello, Joaquín, “El bisabuelo de piedra” (Santiago de Chile, Editorial Nascimento, año 1978), pág. 12.

<sup>5</sup> Orrego Vicuña, Eugenio, “Don Andrés Bello” (Santiago de Chile, Editorial Zig-Zag, año 1953, cuarta edición), págs. 73 y 74.

<sup>6</sup> Edwards Bello, Joaquín, ob. ct., pág. 10.

<sup>7</sup> Bolton, Alfredo, “El solar caraqueño de Bello” (Caracas, separata del “Boletín Histórico de la Fundación John Boulton”, número 3, septiembre de 1963), pág. 28, citado a su vez por Salvat Monguillot, Manuel, “Vida

no era ni plebeya ni aristocrática. Su padre, don Bartolomé de la Luz Bello (1750-1800), había obtenido el título de abogado a los cuarenta años, en 1780, un año antes del nacimiento de Andrés. Su título de Bachiller en Leyes se lo había conferido la Universidad Real y Pontificia. En aquel entonces, la carrera de abogado en Caracas era incierta y desacreditada. El pueblo americano, durante la colonia, como refiere Joaquín Edwards Bello, bebía en su cuna el odio a los leguleyos y a los oidores. Era comprensible esa escasa simpatía, pues conformaban tales letrados, los estamentos o burocracia del Estado y su gobierno<sup>8</sup>. Y se sabe que para el temperamento hispánico, el Estado y en particular el gobierno y la burocracia que lo sostiene, es una rémora apenas soportable<sup>9</sup>. Don Bartolomé, además, era músico en la iglesia de los pardos (contigua a la casa de los Bello y llamada oficialmente Iglesia de Nuestra Señora de Altigracia) y encargado de dirigir los cantos religiosos durante los oficios, habiéndose desempeñado igualmente como profesor de canto en el Colegio Seminario, entre los años 1774 y 1787. Precisamente, la enseñanza de la música le permitió pagar sus estudios de abogado. A pesar de no tener una situación holgada, tenía un carácter firme. Se cuenta que renunció su plaza en la tribuna de la Santa Catedral por negarse a bajar al Coro, conforme se lo ordenare el Capítulo, “*por no vestir hábitos clericales sino señir (sic) espada*”<sup>10</sup> Ello explica, quizá, la permanente estrechez económica de la familia. Amén del número de hijos. La hacienda llamada “*El helechal*”, en la que Andrés aprendiera a cabalgar, pasó a otras manos por trampas y pleitos. En adelante, la familia viviría en Caracas. Estirpe que no daría otro fruto tan espléndido. Con el correr de los años, la familia venezolana de Bello sería tragada por la pobreza, por la furia revolucionaria que asoló su terruño y por las pestes. La casa natal no existía desde el terremoto que había asolado Caracas el 26 de marzo del año 1812. Los hermanos, muertos. Las hermanas, en los claustros<sup>11</sup>.

La madre de Bello, doña Ana Antonia López Delgado (1764-1858), es todavía un enigma. Su padre habría sido un pintor de talento en la época colonial. Años después, Andrés, desde Chile, le enviaba regularmente preciosas monedas de oro chileno. Pero nunca más le vería<sup>12</sup>. La había

---

de Bello”, en “Estudios sobre la vida y obra de Andrés Bello” (Santiago de Chile, Ediciones de la Universidad de Chile, año 1973), pág. 15.

<sup>8</sup> Edwards Bello, Joaquín, ob. cit., pág. 33.

<sup>9</sup> En la empresa de conquista de América, los adelantados y soldados que iban en vanguardia, nada querían saber de los abogados. Vasco Núñez de Balboa, escribía en 1513 al Rey don Fernando, rogándole que “*no mande ningún Bachiller en Leyes ni otro alguno, sino fuere de medicina so una gran pena, porque ningún Bachiller acá pasa que no sea diablo y tienen vidas de diablos e no solamente ellos son malos, más aún, facen y tienen forma por donde hayan mil pleitos y maldades*”: citado por Edwards Bello, Joaquín, ob. cit., pág. 34.

<sup>10</sup> Edwards Bello, Joaquín, ob. cit., pág. 38.

<sup>11</sup> Edwards Bello, Joaquín, ob. cit., pág. 35.

<sup>12</sup> Edwards Bello, Joaquín, ob. cit., pág. 35.

dejado cuando Bello tenía 29 años. Moriría a la sazón inverosímil edad de 94 años, en 1858.

Nació Bello el 30 de noviembre de 1781. El día de San Andrés, lo que explica su primer nombre (sus nombres de pila, muy a la usanza de la época, eran Andrés de Jesús María y José). Fue el mayor de un total de ocho hermanos, cuatro varones y cuatro mujeres<sup>13</sup>. El 8 de diciembre, fue bautizado en la parroquia de Nuestra Señora de Altagracia de Caracas, en el libro primero de bautismo de blancos (había otros libros especiales para negros y mulatos)<sup>14</sup>. Su padrino, fue don Pedro Vamondi<sup>15</sup>.

Desde muy niño, sintió Bello inclinación por los estudios. Su tío, Fray Ambrosio López, viendo los esfuerzos del chico hacia el saber y procurando encaminarlos, le proporcionó un maestro de notable calidad, también religioso, el fraile mercedario Cristóbal de Quezada, de quien el muchacho tuvo los primeros conocimientos de gramática, literatura y castellano<sup>16</sup>. Quezada sería también su maestro de latín, lo que permite a Bello leer desde niño a Horacio y Virgilio en la lengua en que ellos escribieron, adentrándose también en las obras de Garcilaso, Cervantes, Lope de Vega y Calderón de la Barca<sup>17</sup>.

Estudió luego en el Colegio de Santa Rosa, por aquella época de mucho prestigio entre las familias criollas de Caracas<sup>18</sup>. Se incorpora ahí a la cuarta clase de latinidad, recibiendo las lecciones del presbítero Antonio Montenegro, y relacionándose con los hijos de los más importantes caraqueños, llamados “*mantuanos*”, por su derecho a usar manto. Los Ustáriz, pertenecientes a este grupo, inician a Bello en el estudio de la lengua francesa y pronto pudo leer a Racine y, seguramente –lo que era mucho más peligroso para los mayores-, a Voltaire<sup>19</sup>.

Con quince años, ingresa en 1797 a la Universidad Real y Pontificia de Caracas, estudiando filosofía, lógica, aritmética, álgebra y geometría,

---

<sup>13</sup> Edwards Bello habla equivocadamente de siete hermanos. Eugenio Orrego Vicuña y Manuel Salvat Monguillot, de ocho (eran ellos: Andrés, Carlos, Florencio, Eusebio, María de los Santos, Josefa, Dolores y Rosario): Orrego Vicuña, Eugenio, ob. cit., pág. 19; Salvat Monguillot, Manuel, ob. cit., pág. 15.

<sup>14</sup> En la rígida sociedad indiana de Caracas, regían en todo su vigor “*las pueriles diferencias que separaban a las familias por motivos de color, de títulos, de dinero, de vestimentas y de barrios. El caso es que a la catedral concurrían los blancos; a la Candelaria, los isleños de Canarias; a Altagracia, los pardos; y a San Mauricio, los negros.*” Gil Fortoul, citado a su vez por Edwards Bello, Joaquín, ob. cit., pág. 72.

<sup>15</sup> Edwards Bello, Joaquín, ob. cit., pág. 37.

<sup>16</sup> Orrego Vicuña, Eugenio, ob. cit., pág. 21.

<sup>17</sup> Salvat Monguillot, Manuel, ob. Cit., pág. 15.

<sup>18</sup> Orrego Vicuña, Eugenio, ob. cit., pág. 21.

<sup>19</sup> Salvat Monguillot, Manuel, ob. cit., pág. 16.

alcanzando el primer lugar entre sus condiscípulos. El uno de marzo de 1800 se recibe de bachiller en artes<sup>20</sup>. Aquél mismo año, moría su padre.

Pocos meses antes, específicamente en noviembre de 1799, había arribado a Caracas el naturalista Alejandro Von Humboldt. Acompañado del botanista francés Aimé Bonpland<sup>21</sup>, permanece algún tiempo en Venezuela, investigando la flora y fauna, trabando relaciones con las familias más importantes de Caracas y con los jóvenes más instruidos, entre ellos Bello, quien, se dice, habría acompañado a los dos sabios europeos en algunas de sus expediciones<sup>22 23</sup>. Se puede comprender cuán útil debe haber sido para Bello, templar su intelecto en la fragua rigurosa de estos europeos que descubrían por segunda vez la América profunda, hasta entonces velada para los estudios científicos.

Bello había iniciado también sus estudios en medicina y Derecho. Pero su padre, curiosamente, suponemos que desengañado por los bemoles del foro y por el aludido descrédito de la profesión en aquellos años, le suplicó a su hijo que no fuera abogado. Obediente a los deseos paternos, Bello nunca sería abogado, aunque por cierto no abandonaría los estudios del Derecho, y tras la muerte del progenitor, viéndose obligado a obtener medios de subsistencia para su madre y hermanos, se presentó en concurso para Oficial Segundo de la Secretaría del Gobernador Manuel de Guevara Vasconcelos, obteniendo el puesto. Corría el año 1802<sup>2425</sup>.

Aquellos últimos años del siglo XVIII y primeros del XIX, eran sin embargo años turbulentos en el mundo, y los vientos emancipadores comenzaban a soplar con fuerza en tierra americana. Y uno de aquellos llamado más adelante a ocupar el primero entre todos los lugares destinados a los héroes de la independencia de los pueblos del continente, Simón Bolívar Palacios, se encontraría con Andrés Bello en una singular encrucijada. Ocurre que el preceptor de Bolívar, don Simón Rodríguez, habíase envuelto en un complot contra la Corona, dirigido por los criollos José María España y Manuel Gual. Rodríguez huyó de las autoridades, evitando el apresamiento seguro<sup>26</sup>. Era imprescindible, entonces, buscar

---

<sup>20</sup> Orrego Vicuña, Eugenio, ob. cit., págs. 22 y 23. Según Salvat Monguillot, recibió el grado el 9 de mayo de 1800.

<sup>21</sup> A fines de 1818, se pretendió involucrar a Bonpland en una supuesta conspiración para asesinar a San Martín y a O'Higgins, que monitoreaban desde Montevideo Alvear y Carrera. Se le denominó "*complot de los franceses*": artículo de Emilio Ocampo titulado "Brayer, un general de Napoleón que desafió a San Martín", en la Revista "Todo es Historia" (Buenos Aires, Impresora Alloni, junio de 2005, año XVIII, número 455), págs. 60-78.

<sup>22</sup> Salvat Monguillot, Manuel, ob. Cit., pág. 17.

<sup>23</sup> Orrego Vicuña, Eugenio, ob. Cit., págs. 23 y 24.

<sup>24</sup> Salvat Monguillot, Manuel, ob. cit., pág. 18.

<sup>25</sup> Edwards Bello, Joaquín, ob. cit., pág. 46.

<sup>26</sup> Campos Menéndez, Enrique, "Se llamaba Bolívar" (Buenos Aires, Editorial Francisco de Aguirre S.A., año 1975), pág. 21.

un nuevo maestro al joven Bolívar. Este, a diferencia de Bello, era vástago de una de las familias más ricas de Venezuela<sup>27</sup>. Algo menor que Bello – había nacido en Caracas el 24 de julio de 1783-, no se había mostrado especialmente receptivo a los estudios, pero sí había hecho suyo el torrente de ideas rebeldes que brotaba de la verba apasionada de su antiguo maestro Rodríguez, quien, además, no estaba interesado en aplicar en su discípulo los métodos pedagógicos tradicionales. En verdad, el joven alumno poco y nada había aprendido con su maestro Rodríguez. Es en esta instancia, en la que la familia Bolívar se fija en Andrés Bello como nuevo maestro. Refiere Campos Menéndez que el tío de Simón, Carlos, quien hacía las veces de cabeza de la familia, “*pensó que un joven de la edad de Simón, que fuera, ante todo, amigo y compañero, le inculcaría, tal vez, algunos conocimientos de la enseñanza positiva y elemental, que el maestro Rodríguez ni siquiera había insinuado. Nadie más indicado, entonces, para esta difícil tarea, que el hijo del abogado Don Bartolomé Bello y de la bondadosa Doña Antonia López. Otras familias patricias lo tenían como pasante de las ‘ovejas negras’, que abundaban entre los ‘mantuanos’ de Caracas.*”<sup>28</sup>

Así las cosas, el joven Andrés se había hecho de un incipiente prestigio docente, y se le tenía como un especialista en enderezar a jóvenes ricos y discolos de las principales familias caraqueñas.

Pero era plausible que la cercanía en las edades, -apenas dos años los separaban-, hiciera nacer entre ambos la amistad. Lo que no resultaba óbice para que Bello, que se distinguía por su aplicación al estudio y evidente talento, se dispusiere seriamente a enseñarle a Simón geografía, matemáticas y cosmografía. Aplicaba en aquella época Bello, muy a la usanza, el método peripatético. Avanzaban las lecciones al compás de paseos por los alrededores de Caracas, donde los jóvenes echaban a volar su fantasía, bajo el follaje de los grandes samanes, soberanos majestuosos de la comarca. Pero el joven profesor no recibía estipendios muy elevados. Se dice que jamás cayó un solo real en los bolsillos de su único y raído traje. Su mejor premio estaba en la satisfacción de enseñar, aunque sus alumnos, y entre ellos el propio Bolívar, las más de las veces tuvieran su mente en la esfinge de una hermosa caraqueña antes que en los problemas planteados por Pitágoras o Euclides. Pero si bien su alumno no era especialmente aplicado en los estudios, sí sabía agradecer los esfuerzos que desplegaba para él Andrés. Es fama que grande fue la sorpresa del maestro, cuando un día, al llegar a su casa, encontró cuidadosamente

---

<sup>27</sup> Entre los cuantiosos bienes de la familia Bolívar, se encontraban “*las dos casas de renta en Caracas y las nueve que poseían en La Guayra; los ricos depósitos minerales del Valle de Aroa, las plantaciones de cacao de Taguaga, las de Añil de Soatá, y allá lejos, en las llanuras, los tres ‘hatos’ o haciendas de ganado, con sus grandes rebaños en los campos sin límites.*”: Campos Menéndez, Enrique, ob. cit., pág. 20.

<sup>28</sup> Campos Menéndez, Enrique, ob. cit., pág. 22.

doblado en impecables pliegues, una elegante vestimenta que su discípulo Simón le enviaba en pago de lecciones no aprendidas<sup>29</sup>.

Mientras, Bello continuaba con su trabajo en la administración. La eficiencia con que lleva a cabo su labor, hace que el Gobernador le recomiende al Rey Carlos IV, de quien obtiene, por real cédula del 11 de octubre de 1807, el nombramiento de Comisario de guerra honorario, grado que correspondía al de teniente coronel de milicias<sup>30</sup>.

Paralelamente a sus funciones como secretario de la Gobernación, el 26 de octubre de 1807<sup>31</sup>, se le designa, ad-honorem, Secretario de la Junta Central de Vacuna.

Observamos, como Bello avanza paulatinamente en su carrera en la administración del Estado indiano, fruto de su esfuerzo tesorero y capacidad indesmentible. Dicho ascenso se verá interrumpido, sin embargo, con el colapso del régimen en todo el continente.

¿Cuál sería el aspecto de Bello por aquellos años? Edwards Bello, lo imagina como un joven de tupida cabellera, de grandes ojos claros, pálido y muy delgado, que se destroza los dedos frotándolos unos con otros, sólo y mortificado, en una plaza oscura de Caracas<sup>32</sup>. La perfecta imagen, agregamos nosotros, de un héroe salido de las páginas de Víctor Hugo o de Lord Byron.

En cuanto a los asuntos del corazón, Miguel Luis Amunátegui refiere que por estos años, Bello habría estado enamorado de María Josefa de Sucre, hermana mayor del futuro Mariscal y vencedor de Ayacucho, "*dama de gran belleza y aptitudes*" y con un destino trágico, como correspondía a una época romántica: detenida en 1814 por los realistas, huye y se refugia en La Habana. En 1821, cuando navegaba hacia Cumaná para asistir a un bautizo, el barco se hunde, pereciendo María Josefa en el naufragio<sup>33</sup>.

La debacle sufrida por la Corona española tras la invasión de la península ibérica por las tropas napoleónicas y la instalación en el trono del usurpador José Bonaparte, más conocido como "*Pepe botella*" por sus inclinaciones dipsómanas, servirá de catalizador final para que los americanos levanten sus banderas de autodeterminación. Aunque formalmente decían adherir a la Corona, los principales criollos, en toda

---

<sup>29</sup> Campos Menéndez, Enrique, ob. cit., págs. 22 y 23.

<sup>30</sup> Orrego Vicuña, Eugenio, ob. cit., pág. 25.

<sup>31</sup> Salvat Monguillot, Manuel, ob. cit., pág. 19. Orrego Vicuña, da otra fecha, el 22 de marzo de 1808, ob. cit., pág. 25.

<sup>32</sup> Edwards Bello, Joaquín, ob. cit., pág. 12.

<sup>33</sup> Salvat Monguillot, Manuel, ob. cit., pág. 23, quien a su vez cita a Miguel Luis Amunátegui y su artículo "El primer amor de don Andrés Bello".

América, se organizan en juntas compuestas por los vecinos más notables de cada ciudad capital de los virreinos o de las capitanías generales, que reclaman para sí el gobierno, mientras el legítimo rey no fuera restablecido en su trono.

Tales juntas, buscan la obtención de cierto reconocimiento de otras potencias. En ese contexto, la llamada Junta Conservadora de los derechos de Fernando VII, instalada en Caracas el 19 de abril de 1810, resuelve enviar a Londres una misión compuesta por tres diputados. Ellos son Luis López Méndez, con el título de “segundo diputado”; Simón Bolívar, con charreteras de coronel, era “diputado principal de Caracas”; y Andrés Bello, en calidad de “secretario”<sup>3435</sup>. Se iniciará entonces la etapa europea, en la vida de Bello.

Los comisionados se embarcan en la goleta inglesa “General Lord Wellington”. La principal misión de los enviados, consistía en intentar conseguir la protección de Inglaterra en el evento de producirse una intervención armada de los franceses, el permiso para comprar fusiles y otros pertrechos, asegurar la mediación inglesa ante las dificultades que pudieren presentarse entre Venezuela y España y lograr que las autoridades británicas impartieran instrucciones a los jefes de escuadra y gobernadores de las colonias antillanas, para favorecer el comercio y la integridad de Venezuela. El 10 de junio zarpa la goleta, arribando a Portsmouth tras una singladura de 31 días<sup>36</sup>.

## 2.- LOS AÑOS EUROPEOS.

A su llegada a Londres, la misión diplomática caraqueña se instala en el Morin’s Hotel. La Junta de Caracas, al redactar las credenciales de los noveles diplomáticos, había sido muy amplia en cuanto a otorgar atribuciones. Pero había una sola prohibición impuesta a los diputados: no debían entrar en tratos con Francisco de Miranda, “el precursor”, cuyas ideas parecían demasiado radicales. Por cierto, mientras López y Bello se encargaban de dar a conocer su misión a importantes personeros de la corte de Saint James, como el conde de Mornington y el duque de Gloucester, sobrino del rey, Bolívar se escabullía hasta la calle, ordenando al flemático cochero que le condujere a Grafton Street número 27<sup>37</sup>. La

---

<sup>34</sup> Rodríguez Lapuente, Manuel, “Historia de Iberoamérica” (Barcelona, Editorial Ramón Sopena, S.A., año 1978), págs. 431 y 432.

<sup>35</sup> Orrego Vicuña, Eugenio, ob. cit., pág. 35.

<sup>36</sup> Salvat Monguillot, Manuel, ob. cit., págs. 24 y 25.

<sup>37</sup> Según Edwards Bello, los diputados venezolanos arribaron a Francia, y luego de una corta etapa parisina, viajan a Londres, instalándose en el hotel Saville Hotel, para visitar después, los tres (y no sólo Bolívar), al precursor, lo que supondría que el interés de Bello por Miranda podría ser mayor al insinuado por Campos Menéndez. Este y Edwards Bello tampoco coinciden en el nombre de la calle en la que vivía el general: para uno, se trataba de Grafton Street; para el otro, de Green Street. Edwards dice que “Era una casa silenciosa y



casa donde vivía, precisamente, el célebre Miranda, que tanta influencia tuvo también en Bernardo O'Higgins<sup>38</sup>.

Aunque hay evidencia acerca de haber visitado también Bello la casa del precursor, su actitud es más cerebral ante el legendario general, menos apasionada que la de Bolívar. Podría explicarse lo anterior por tener ambos jóvenes temperamentos disímiles y por ser Bello un católico más sincero que Bolívar. Miranda había fundado en 1797 la "*Logia Americana*", donde con un ritual de compases, triángulos y mandiles, se jura la emancipación de las colonias españolas de América. Desfilarán por ahí, además de Bolívar, los argentinos San Martín, Alvear y Zapiola, el chileno O'Higgins, el neogranadino Francisco Antonio Zea, el sacerdote mexicano Servando Teresa de Mier y muchos otros que tendrán papeles protagónicos en el proceso de emancipación<sup>39</sup> <sup>40</sup>. Se cree que López Méndez y Bello también habrían participado de la citada logia, llamada asimismo "*Sociedad Lautaro*" o "*Logia de Caballeros Racionales*". En realidad, el hecho de pertenecer a esta asociación en nada afectaba los sentimientos religiosos de sus afiliados. Como apunta Manuel Salvat, las finalidades de logias como la señalada, eran exclusivamente políticas y revolucionarias<sup>41</sup>.

A comienzos de julio, los enviados son recibidos por el marqués de Wellesley, a la cabeza del Foreign Office. Esta primera reunión no es oficial, y se lleva a cabo en la residencia particular del ministro inglés. Bolívar, en un lenguaje demasiado franco para una misión diplomática, traza ante el ministro un patético cuadro de la situación de sus coterráneos, "*ansiosos de sacudir, fuera como fuera, un yugo inaguantable*". Quería para Venezuela el apoyo de Inglaterra, para proclamar desde luego su independencia de la metrópoli. Wellesley tachó el lenguaje franco de Bolívar, haciéndole ver la oposición que existía entre sus palabras revolucionarias y las credenciales en que se hablaba en nombre de don Fernando VII. Mencionó el marqués el tratado que vinculaba a ingleses y españoles, que sólo permitiría actuar la flota británica si los franceses intentaban invadir el territorio venezolano. El 19 de julio, los diputados serían recibidos oficialmente por el Foreign Office, en presencia de los embajadores de España, el duque de Alburquerque y el

---

*oscura, de seis pisos, con un bar y una tienda de encuadernador en la planta baja. El barrio era revuelto.*":

Edwards Bello, Joaquín, ob. cit., págs. 21 y 22.

<sup>38</sup> Campos Menéndez, Enrique, ob. cit., pág. 156.

<sup>39</sup> Campos Menéndez, Enrique, ob. cit., pág. 159.

<sup>40</sup> García Hamilton, Juan Ignacio, "Don José. La vida de San Martín" (Buenos Aires, Editorial Sudamericana, décimo primera edición, abril 2005), pág. 74. Este historiador argentino, confirma que era una visita obligada la que hacían los patriotas americanos, no bien llegaban a Londres. Refiere que San Martín, "*Una vez instalado en su hotel, se dirigió a la casa de Grafton Street 27, en Fitzroy Square, donde se reunían los venezolanos que habían sido iniciados por Francisco de Miranda en las tareas independentistas. Estaban allí Andrés Bello, Luis López Méndez y el sacerdote mexicano Servando Teresa de Mier, y el lugar funcionó como sitio de encuentro para quienes venían de España.*"

<sup>41</sup> Salvat Monguillot, Manuel, ob. cit., pág. 27.

almirante Apodaca. Los resultados no fueron los esperados por los venezolanos y en particular por Bolívar. Definitivamente, los británicos no pretendían malquistarse con los españoles, que ahora eran aliados en el esfuerzo común contra Bonaparte. En una nota redactada sin duda por Bello, fechada el 21 de julio, los diputados señalan a Wellesley que *“Venezuela, lejos de aspirar a romper los lazos que la han unido a la metrópoli, desea sólo poder adoptar una línea de conducta capaz de substraerla a los peligros que la amenazan. Aunque independiente del consejo de regencia, no por eso se considera menos fiel a su rey ni menos interesada en la lucha santa que sostiene España.”* El 9 de agosto, Inglaterra responde, indicando que se prometía protección a Venezuela contra Francia, en el entendido que la Junta caraqueña se reconciliare con el gobierno central<sup>42</sup>.

Pero si eran mediocres los resultados diplomáticos obtenidos, más feliz era el sentimiento en lo que se refiere al plano social. En palabras de Bolívar, algo frívolas a decir verdad, la misión había producido *“sensación en Londres”*, con partidas de placer que los nobles organizaban en homenaje a los *“Embajadores de la América del Sur”*, como se les llamaba en la prensa. Bolívar, se daba el mayor tono posible, exhibiendo trajes brumelianos, magnífico carruaje y palco en la ópera en las noches de moda<sup>43</sup>.

Pero no todo era diversión. Bolívar, ha convencido a Miranda para que retorne a América y se ponga a la cabeza de la sublevación contra la metrópoli.

Bolívar regresaría a su patria en septiembre de 1810, en la corbeta *“Sapphire”*. Está impaciente por iniciar la revolución. Miranda, le ha prometido seguirlo en breve. Bello, opta por permanecer en Londres, como secretario de la Misión, a cuya cabeza queda López Méndez.

Los amigos, de esta forma, se distancian y no volverán a encontrarse. ¿Qué les habría deparado el destino, a ellos y a las propias naciones americanas, si Bolívar, con más perspicacia, hubiere retenido a Bello como su consejero? La respuesta pertenece al ámbito de la especulación histórica, al terreno de la ucronía. Pero resultan muy interesantes los conceptos que sobre el particular, vierte Edwards Bello: *“Bello y Bolívar eran extremos y como tales debieron tocarse y complementarse, como se complementan (...) el frío del Norte con lo cálido del Sur; como se complementan el verbo y la acción. Desde el momento que perdió a su maestro, Bolívar apagó su antorcha y nada más que tinieblas sucedieron en la Gran Colombia a las victorias guerreras. Las luces se fueron a encender en las cordilleras del Sur, que seguirán brillando a pesar*

---

<sup>42</sup> Orrego Vicuña, Eugenio, ob. cit., págs. 36 y 37.

<sup>43</sup> Orrego Vicuña, Eugenio, ob. cit., pág. 36.

*de cuanto digan, como los mayores fanales de cultura de nuestra América. Bello y Bolívar, colocados así juntos, en Caracas, debieron correr juntos la carrera. La revolución de la independencia careció de fuerza centrípeta o de núcleo desde el momento que esos héroes se divorciaron; la victoria guerrera sin el auxilio espiritual perdió su fuerza. (...) Bolívar ganó la guerra contra España, como O'higgins y San Martín en el Sur; pero todos ellos perdieron la guerra contra la tiranía de adentro, contra el espíritu de desorden y disgregación.”<sup>44</sup>*

En Venezuela, no faltaron quienes deslizaron críticas a Bello por su escaso interés en la revolución emancipadora. En verdad, el temperamento de Bello no estaba hecho para la faz agonal de la política, para el enfrentamiento directo con el enemigo, para la brega proselitista o el lenguaje de las armas. Por cierto, en ciertas épocas, los pueblos requieren de hombres que levanten las banderas y se pongan al frente en el combate. Pero Bello no estaba llamado para esa lid. Bello, a quien Salvador de Madariaga llamaría “*la flor de Caracas*”, de haberse sumergido en la lucha revolucionaria, habría sido “*destruido (...) por la tromba que se aproximaba, como serían destruidas todas las creaciones venezolanas, inclusive las crías de caballos y de vacunos*”(…) *Observó los hechos como empleado público y cronista modesto*”<sup>45</sup>. Era un organizador, un constructor, y por lo tanto, el hombre indispensable para la segunda fase de la política, es decir, la faz arquitectónica. Por lo demás, no era un malagradecido. No olvidaba que salido de una familia empobrecida, había hecho carrera en la administración española, junto a los capitanes generales Guevara Vasconcelos, Las Casas y Emparán. La revolución americana había sido obra de jóvenes ricos, pertenecientes a las familias más aristocráticas. Criollos que por su situación, reclamaban para sí el poder político, resentidos por los desaires de los funcionarios que la Corona enviaba a sus dominios. Ello explica que fueran hombres como Bolívar, San Martín, O'higgins y los Carrera, quienes encabezarían las huestes emancipadoras. Todos hijos de familias ricas. En Venezuela, igual que en Chile, la revolución fue cosa de aristócratas, de los hijos de “*los grandes cacao*”, así llamados por ser los dueños de las grandes haciendas, que habían pagado sus títulos de condes y marqueses con fanegas de cacao. Bello, no formaba parte de este grupo de jóvenes nacidos en cuna de oro, algo irresponsables y muy idealistas. En ellos, la pasión prevalecía sobre el juicio, la razón. Bello, por el contrario, observaba los acontecimientos con el escepticismo del que conoce en profundidad la naturaleza humana. En esta actitud cerebral, frío ante los espasmos revolucionarios, Bello se asemeja a Portales, quien tampoco tomó parte en la revolución emancipadora. Como escribió Edwards Bello, Portales “*No sintió la revolución de 1810 por ningún lado, ni por el de los llamados patriotas ni*

---

<sup>44</sup> Edwards Bello, Joaquín, ob. cit., págs. 19 y 20.

<sup>45</sup> Edwards Bello, Joaquín, ob. cit., pág. 67.

*por el de los godos (...) Bello no sintió la revolución americana con la fuerza sanguinaria y la precipitación de otros jóvenes de su tiempo. Estaba reservado para faenas de mayor nobleza y eficiencia.”<sup>46</sup>*

Poco se sabe, en verdad, de la vida de Bello en sus primeros años londinenses. El 26 de marzo de 1812, se restablece la autoridad española en Caracas, tras ser derrotada la Confederación Americana de Venezuela. Ello trae como directa consecuencia, que López Méndez y Bello quedan en Londres desprovistos de toda representación y carentes de recursos, y como es obvio, sin posibilidad de volver a la patria.<sup>47</sup>

La necesidad apremiaba la existencia de Bello en Londres, e intenta obtener la autorización de las autoridades españolas, para ser admitido en algún territorio de la Corona. Contacta al embajador de España en Londres, Conde de Fernán Núñez y Duque de Montellano, y envía en junio de 1813 una carta a la Regencia de España. En los documentos que se conservan de esta correspondencia, se trasluce un Bello vacilante y que intenta justificar su proceder antes de la restauración del gobierno español. Declara no haber tenido una intervención protagónica en los movimientos que habían precedido la revolución y destaca la notoria moderación de sus opiniones y conducta<sup>48</sup>. Aunque en rigor no faltaba a la verdad, su actitud no nos parece totalmente exenta de reproche. Aunque también debemos admitir que se trataba de flaquezas comprensibles en un momento especialmente difícil, lejos de la patria, de la familia y de los amigos. Por lo demás, Bello era sincero en su ideal de un gobierno monárquico, aún para los países americanos. En carta de 15 de noviembre de 1821, le dice a Miguel de Mier: *“La monarquía (limitada por supuesto) es el único gobierno que nos conviene; y (...) miro como particularmente desgraciados aquellos países que por sus circunstancias no permiten pensar en esta especie de gobierno.”<sup>49</sup>* No creía Bello que la democracia fuere el sistema que pudieran adoptar las jóvenes repúblicas americanas, y en ello, compartía las mismas ideas de O’Higgins, Rivadavia, San Martín y muchos otros próceres de la independencia. En cuanto a la actitud vacilante entre revolucionarios y partidarios de la Corona, nadie podría condenarlo. Se cuenta que en Chile, después del desastre de Cancha Rayada, *“muchos chilenos de significación, aterrados por su propia suerte, escribieron al general realista Osorio declarándose ardientes partidarios de la metrópoli y firmes sostenedores de la causa del rey. No ahorraban tampoco denuncias de patriotas. Estas cartas estaban en la valija que encerraba la correspondencia secreta del jefe español, y que éste abandonó al huir (...)*

---

<sup>46</sup> Edwards Bello, Joaquín, ob. cit., págs. 99 y 100.

<sup>47</sup> Salvat Monguillot, Manuel, ob. cit., págs. 27 y 28.

<sup>48</sup> Salvat Monguillot, Manuel, ob. cit., pág. 28.

<sup>49</sup> Encina Armanet, Francisco Antonio, *“Historia de Chile”*, Tomo XIV (Santiago de Chile, Editorial Nascimento, año 1950), pág. 30.

*del campo de Maipú*<sup>50</sup>. San Martín, a la sombra de un álamo, según relató su edecán O'Brien, leyó una a una las cartas que comprometían a tantos notables, para después, sin revelar su contenido, despedazarlas y arrojarlas al fuego<sup>51</sup>.

A instancias de López Méndez, el gobierno argentino, por intermedio de Manuel de Sarratea<sup>52</sup>, dispone enviar a los dos venezolanos una pensión anual de 150 libras. Pero sólo llega la primera remesa y nada más<sup>53</sup>. López Méndez obtendría también un auxilio de 1.200 libras, que permitió defenderse a los dos diputados por un tiempo. Después, las obligaciones contraídas por la representación diplomática y que los acreedores exigirían implacablemente, terminó con López Méndez encarcelado en más de una oportunidad<sup>54</sup>. Era una época en que las deudas impagas llevaban al obligado a prisión<sup>55</sup>.

Paralelamente, los contactos con Buenos Aires continuarían, y en noviembre de 1815 se instruye a Sarratea para que proporcione a Bello los medios para trasladarse a la Argentina, pero el viaje no se concretará<sup>56</sup>.

Por aquellos años, un amigo, el español y famoso escritor José María Blanco White, autor del soneto "*Mysterious Nigth*", celebrado por Coleridge, le ayudará, consiguiéndole alumnos a quienes Bello imparte clases particulares de latín, francés y castellano, obteniendo con ello ingresos suficientes para vivir con dignidad<sup>57</sup>. En especial, ayudaron a Bello las lecciones que impartió en casa de Mr. Hamilton, secretario de Estado para la India en el gabinete inglés. En retribución del trabajo de Bello, Hamilton le ofreció casa, comida y 100 libras de renta<sup>58</sup>.

De esta forma, podría afirmarse que gracias a Blanco White, sería Chile y no las Provincias del Río de la Plata quien se beneficiaría con el trabajo ingente que Bello estaba destinado a ejecutar.

---

<sup>50</sup> Pacho O'Donnell, Mario, "El Águila Guerrera", la historia argentina que no nos contaron (Buenos Aires, Editorial Sudamericana, año 2004), pág. 43.

<sup>51</sup> Este hecho, que habla bien de San Martín y O'Brien, ha sido llamado, con razón, "*la primera amnistía dictada en Chile*". Véase al efecto la carta publicada por don Sergio García Valdés en el diario "El Mercurio", de Santiago de Chile, edición del día 29 de diciembre de 2004, que señala pormenores del suceso, copia de la cual gentilmente nos proporcionó don José Luis Pérez Zañartu, Ministro de la Excelentísima Corte Suprema de Chile y descendiente del general irlandés que combatió junto al Libertador.

<sup>52</sup> Buenos Aires 1774-Limoges, Francia, 1849, político argentino que integró el triunvirato que sustituyó a la junta de gobierno (1811) y fue general en jefe del ejército de la Banda Oriental.

<sup>53</sup> Salvat Monguillot, Manuel, ob. cit., pág. 28.

<sup>54</sup> Orrego Vicuña, Eugenio, ob. cit., pág. 48.

<sup>55</sup> López Méndez moriría años más tarde en Chile, en la localidad de Casablanca, olvidado por sus contemporáneos y probablemente sumido en la miseria: Orrego Vicuña, Eugenio, ob. cit., pág. 259.

<sup>56</sup> Salvat Monguillot, Manuel, ob. cit., pág. 29.

<sup>57</sup> Salvat Monguillot, Manuel, ob. cit., pág. 29.

<sup>58</sup> Orrego Vicuña, Eugenio, ob. cit., págs. 49 y 50.

Resuelto así por el momento el problema del sustento diario, contrae matrimonio con María Ana Boyland en 1814. Tenía ella 20 años (había nacido el 12 de septiembre de 1794). Tras 7 felices años de vida conyugal con Bello, María Ana fallece el 9 de mayo de 1821, dejándolo viudo, con dos hijos, de nueve y seis años, Carlos (nacido el 30 de mayo de 1815) y Francisco (nacido el 13 de octubre de 1817). Un tercer hijo, Juan, nacido el 15 de enero de 1820, había muerto un año después. El matrimonio vivió en el número 18 de la calle Bridgewater<sup>59</sup>.

Las complicaciones económicas volvían a presentarse, y ahora más acuciosas, pues debía mantener a sus dos pequeños hijos. Se dedica entonces a la preparación de algunos jóvenes para su ingreso a la universidad, y se le encarga descifrar los manuscritos de Jeremías Bentham, trabajo que le consigue su amigo, el filósofo y economista James Mill<sup>60</sup>, padre del después célebre John Stuart Mill, también, igual que su padre, filósofo y economista y quien predicaría una moral utilitarista, a partir precisamente de las ideas de Bentham. Igualmente, Mr. Blair –por intermedio del mexicano José María Fagoaga– le hizo corregir una traducción española de la Biblia. Al ejecutar este trabajo, “*con aquél concienzudo espíritu con que lo emprendía todo*”, le haría proponer, como indispensable en toda traducción, el principio de una fidelidad escrupulosa al texto original<sup>61</sup>.

Se haría un asiduo visitante del Museo Británico, a cuyos empleados su figura llegó a hacerse familiar<sup>62</sup>, utilizando su completa biblioteca. Estudia allí, entre otras obras, el “*Poema del Cid*”, respecto del cual hace un profundo y celebrado estudio, que se publicará de manera póstuma<sup>63</sup>, los “*Nibelungos*”, el “*Orlando Enamorado*” y compone, en inglés, una “*Historia de Carlomagno y de Rolando, atribuida a Turpín, Arzobispo de Reims*”.<sup>64</sup> Estudia igualmente prosodia, gramática y derecho<sup>65</sup>. Realiza también investigaciones en materias pertenecientes a la filología, la astronomía y la medicina, redactando un apunte para una memoria histórica sobre el origen de la sífilis, en la que examina si fueron los indígenas americanos quienes transmitieron a los europeos el contagio de la terrible plaga, concluyendo que la enfermedad ya era conocida en el mundo antiguo<sup>66</sup>. La sed de conocimientos de Bello parece inagotable y el

---

<sup>59</sup> Salvat Monguillot, Manuel, ob. cit., pág. 30.

<sup>60</sup> Salvat Monguillot, Manuel, ob. cit., pág. 30.

<sup>61</sup> Orrego Vicuña, Eugenio, ob. cit., pág. 51.

<sup>62</sup> Orrego Vicuña, Eugenio, ob. cit., pág. 50.

<sup>63</sup> Sobre este trabajo de Bello, escribirá Menendez y Pelayo: “...el trabajo de Bello, hecho casi con sus propios individuales esfuerzos, es todavía a la hora presente, y tomado en conjunto, el más cabal que tenemos sobre el Poema del Cid, a pesar de la preterición injusta y desdeñosa, si no es ignorancia pura, que suele hacerse de él en España.”: citado por Orrego Vicuña, Eugenio, ob. cit., pág. 62.

<sup>64</sup> Orrego Vicuña, Eugenio, ob. cit., pág. 62.

<sup>65</sup> Salvat Monguillot, Manuel, ob. cit., pág. 31.

<sup>66</sup> Orrego Vicuña, Eugenio, ob. cit., pág. 59 y 60.

Museo que frecuenta resulta el lugar preciso para saciarla. El Museo Británico ya asentaba su fama mundial, y por esos mismos años – concretamente en 1816-, había adquirido las esculturas del Partenón, arrancadas por Lord Elgin. Bello, que admiraba a los griegos, debe haberse extasiado contemplando esos mármoles modelados por Fidias y sus discípulos en el momento en que Grecia había alcanzado su cenit. En este ambiente, dice Orrego Vicuña, *“La niebla exterior, la miseria, el desamparo máximo se transmutan allí en haces de luz, en pura alegría intelectual, en ardiente fiebre de trabajo.”*<sup>67</sup>

Por aquél entonces, en la tertulia de su colega, el ministro de Colombia, don Francisco Antonio Zea, a la que concurrían algunos americanos de nota<sup>68</sup>, cultivará la amistad de un hombre que será decisivo en su vida, el polémico guatemalteco-chileno Antonio José de Irisarri, Ministro Plenipotenciario de la Legación de Chile en Londres, que había dejado tras de sí una turbulenta estela de actuaciones políticas. Aunque de caracteres muy disímiles, pues el centroamericano era ostentoso y amigo de las aventuras, los unía su dedicación a la literatura, el ejercicio del periodismo y su erudición. En varias oportunidades, visitaron juntos el Museo Británico<sup>69</sup>.

Irisarri, cinco años menor que Bello, aparece en los albores de nuestra independencia, formando parte de la familia Larraín, llamada también *“los ochocientos”*<sup>70</sup>. Había destacado por sus artículos incisivos y revolucionarios publicados en la *“Aurora de Chile”*<sup>71</sup>. Hacia 1813, en las columnas de *“El Monitor”* y de *“El Semanario”*, preconizaba el ideal de la independencia absoluta<sup>72</sup>. En los momentos cruciales de la Patria Vieja, tras la derrota de Talca, el Cabildo de Santiago, el 7 de marzo de 1814, a instancias de Irisarri, nombra como Director Supremo a Francisco de la Lastra, a la sazón gobernador de Valparaíso, asumiendo en el intertanto dichas funciones el propio Irisarri<sup>73</sup>. Luego, a petición de Lastra, Irisarri sería designado gobernador-intendente de Santiago. Después, al precipitarse el enfrentamiento entre San Martín y los Carrera, tomaría partido por el primero. Luego, durante la Patria Nueva, sería nombrado ministro del interior. Pero pasaría a la Historia, por el empréstito contratado para el Estado chileno, con la Casa Hullet, de Londres, contraído el 26 de agosto de 1819, por un millón de libras. Las condiciones eran leoninas, pues Chile reconocería 100 libras por cada 50 que recibiese.

---

<sup>67</sup> Orrego Vicuña, Eugenio, ob. cit., pág. 76.

<sup>68</sup> Orrego Vicuña, Eugenio, ob. cit., pág. 52.

<sup>69</sup> Salvat Monguillot, Manuel, ob. cit., pág. 31.

<sup>70</sup> “Resumen de la Historia de Chile” de Francisco Antonio Encina, redactado por Leopoldo Castedo (Santiago de Chile, Editorial Zig-Zag, Santiago, año 1954), Tomo I, pág. 487, en adelante Encina-Castedo.

<sup>71</sup> Encina-Castedo, ob. Cit., Tomo I, pág. 532.

<sup>72</sup> Encina-Castedo, ob. Cit., Tomo I, pág. 552.

<sup>73</sup> Encina-Castedo, ob. Cit., Tomo I, pág. 567.

Como era de esperar, tales condiciones suscitaron honda indignación en Chile, ordenando O'Higgins a Irisarri suspender las negociaciones. Irisarri no obedeció, y contrató el empréstito. Como señala Encina, todo hace suponer que Irisarri esperaba con avidez la respectiva comisión<sup>74</sup>. Pero en política, hoy como ayer, se han visto cadáveres vivientes. Años después, en 1837, Irisarri sería incorporado, en calidad de asesor de Blanco Encalada, en la desastrosa expedición al Perú, que culminaría con el vergonzante Tratado de Paucarpata. La *“tornadiza opinión había olvidado ya sus manejos en el asunto del empréstito inglés”*. El tratado fue repudiado con virulencia en Chile, ordenándosele a Irisarri regresar a Chile, para rendir cuentas. Como se negare a hacerlo, fue condenado a muerte *in absentia*<sup>75</sup>.

Pero en la época en que Bello le conoce, su estrella estaba lejos de eclipsarse. Irisarri encomendaría entonces a Bello, el primer servicio que el segundo prestaría a Chile, a saber, informar acerca de la conveniencia de instaurar en nuestro país, el sistema lancasteriano de educación, que O'Higgins conociera durante su estancia en Inglaterra. Bello lo estudió y desaconsejó adoptarlo, pero increíblemente, Irisarri lo desoyó y encomendó al gobierno chileno instaurarlo<sup>76</sup>.

En marzo de 1821, Bello había solicitado a Irisarri un puesto en la Legación chilena, con el propósito de obtener así un ingreso estable. En junio del año 1822, Bello asume como secretario interino del Ministro de Chile, en reemplazo de Francisco Rivas, que había partido a Venezuela en uso de licencia<sup>7778</sup>.

En febrero de 1824, Bello contrae matrimonio con Isabel Antonia Dunn. Tres hijos nacerían en Londres: el segundo Juan, Andrés y Ana. Ese mismo año, en mayo, Mariano Egaña, por decreto de Ramón Freire, nuevo Director Supremo de Chile tras la caída de O'Higgins, recibe poderes de Ministro Plenipotenciario ante los Gobiernos de Gran Bretaña, Francia, Austria, Rusia, España y los Países Bajos. Junto a Egaña, se nombra a Miguel de la Barra como secretario de la Legación en Londres. Egaña venía prevenido contra Irisarri, a consecuencia de sus manejos en la contratación del empréstito con la Casa Hullet. Egaña –escribe Joaquín Edwards–, creyó inicialmente que Bello, en su condición de secretario de Irisarri, *“sería un solapado cómplice de éste. Ninguno de los dos era chileno. Irisarri guatemalteco y Bello venezolano. ¡Bonito pastel! Poco a poco Egaña fue descubriendo la pasta verdadera de Bello y comenzó la estimación mutua que duraría hasta la muerte.”*<sup>79</sup>

---

<sup>74</sup> Encina-Castedo, ob. Cit., Tomo I, pág. 742.

<sup>75</sup> Encina-Castedo, ob. Cit., Tomo I, págs. 921 a 926.

<sup>76</sup> Salvat Monguillot, Manuel, ob. cit., pág. 32.

<sup>77</sup> Orrego Vicuña, Eugenio, ob. cit., pág. 54.

<sup>78</sup> Salvat Monguillot, Manuel, ob. cit., pág. 32.

<sup>79</sup> Edwards Bello, Joaquín, ob. cit., pág. 78.



¿Cómo era aquél Londres que acogió a Bello y a tantos otros americanos y europeos que huían del continente convulsionado primero por la revolución francesa y después por las guerras napoleónicas y la represión desatada con la restauración borbónica en España? Joaquín Edwards hace una colorida descripción: *“Imaginemos a ese Londres regido por una Corte disipada, precursora de la esplendente época victoriana. Dickens había nacido ya. Bello se movió en el Londres de Dickens, en esas calles bullentes de miserables, de borrachos, de prostitutas, de pickpockets, de lords y de damiselas, de emigrados franceses horrorizados por la guillotina, de jugadores y de comerciantes”*<sup>80</sup>. Ese Londres contradictorio, cuya población sobrepasaba el millón y medio de habitantes y cuya iluminación pública asombraba a los visitantes, fraguaba sin embargo un grupo de hombres que en pocos años, elevarían a Gran Bretaña a la cima del poder mundial, bajo la dirección de Victoria, cuyo nacimiento ocurriría 9 años después de llegar Bello a la ciudad destinada a convertirse en la capital del mundo, en la segunda mitad del Siglo XIX.

Durante sus diecinueve años en Londres, Bello sería testigo de enormes acontecimientos históricos, como el auge y caída de Napoleón Bonaparte, la restauración monárquica en Europa bajo la dirección de Matternich –que restituyó en España la corona a Fernando VII, que tanto decepcionaría a los americanos-, el ocaso definitivo del poder peninsular en las tierras de América y el nacimiento de las nuevas repúblicas, el fracaso de la anfictionía bolivariana, cuya partida de muerte se firma en el fracasado Congreso de Panamá de 1826 y la vorágine anárquica en la que se precipitarían los nacientes Estados surgidos de la emancipación. Pero eran también tiempos de avances científicos y tecnológicos que auguraban una mejoría en la calidad de vida. Así, por ejemplo, en 1818 se instala el alumbrado a gas en París, y al año siguiente, el vapor *“Savannah”* realiza la primera travesía de un barco de ese tipo entre un puerto americano y otro inglés, mientras Beethoven, Berlioz y Mendelsohn se encuentran en plena producción.

Hacia 1825, Bello ya se había retirado de la Legación de Chile. La desconfianza de Mariano Egaña todavía no cedía. Su labor intelectual no cesaba sin embargo, y había intervenido en la publicación de *“El Censor Americano”*, que sólo tuvo un tiraje de cuatro números. Colaboraría luego con *“La Biblioteca Americana”*, que tuvo dos números. Se trataba de publicaciones que abordaban la política, la geografía, las ciencias y la cultura de América<sup>81</sup>. En 1826 y 1827, publica Bello, junto a García del Río, el *“Repertorio Americano”*, que alcanzó a cuatro números. En el

---

<sup>80</sup> Edwards Bello, Joaquín, ob. cit., pág. 50.

<sup>81</sup> Salvat Monguillot, Manuel, ob. cit., pág. 37.

primero, incluye la silva sobre *“La agricultura de la zona tórrida”*<sup>82</sup>, obra que supura nostalgia por la tierra americana<sup>83</sup>. Publica también su *“Alocución a la Poesía”*, en la que –en palabras de Orrego Vicuña– *“se muestra con esplendor su estro poético”*. Ambas composiciones eran sólo fragmentos de una obra mayor, que pensaba escribir bajo el título de *“América”*, proyecto que en definitiva no podría materializar. La primera es un canto a la agricultura tropical, *“...una visión magnífica de las tierras cálidas, un himno a lo autóctono, al mundo americano que despliega ante los ojos del extranjero todas las seducciones de su suelo virgen aún, el sabor de lo ignoto y la atracción de lo pródigo. “La Alocución a la Poesía” es un poema en homenaje a los tiempos de la independencia y a los héroes nativos. Por los versos de Bello desfilan San Martín, Bolívar y Miranda, Caupolicán y Manco Cápac.”*<sup>84</sup> <sup>85</sup>De aquellos años, son también su *“Himno de Colombia”*, dedicado a Bolívar y después, su *“Canción a la disolución de Colombia”*, composición en la que vuelca su dolor ante el derrumbamiento de la obra magna de Bolívar<sup>86</sup>.

El 7 de febrero de 1825, asume como secretario de la Legación de Colombia. Sin embargo, el encargado de la Misión, Manuel José Hurtado, no simpatizaba con Bello, a consecuencia de las ideas monárquicas que el último había preconizado. La situación no era nada grata, además, porque las remuneraciones no se le pagaban regularmente. La situación cambia con la designación como nuevo Ministro del poeta José Fernández Madrid, excelente amigo de Bello. En aquél momento –corría el año 1827–, insta a Bolívar para que lo llame a servir junto a él<sup>87</sup>. Después de 15 años en Europa, el deseo de retornar a tierra americana se acrecienta.

Pero no será Colombia quien obtenga sus servicios. Egaña, extinguida su renuencia inicial para con Bello, propone al gobierno chileno, el 10 de noviembre de 1827, que se le contrate en el Ministerio de Relaciones Exteriores. En su comunicación al ministro del ramo, el presbítero José Miguel Solar, destaca Egaña, entre otros méritos del caraqueño, su *“educación escogida y clásica, profundos conocimientos en*

---

<sup>82</sup> Salvat Monguillot, Manuel, ob. cit., pág. 38.

<sup>83</sup> Muchos años después, ya en Chile, Bello contaba cómo surgió la idea de escribir esta obra, en palabras de Joaquín Edwards Bello: *“cierta tarde de invierno, en 1824, pasaba en Londres, cerca de uno de los muelles, o docks, en el interminable y oscuro puerto, cuando vio un barco del que sacaban cajas y sacos repletos de frutos brillantes, cuyo aspecto y perfume hicieron temblar su corazón. Eran frutos y productos elaborados con fibras o cañas, de las islas tropicales, fronteras de Venezuela. El contraste de la City de carbón y hierro con los frutos de su América virginal le inspiró (...) Así nació la idea de terminar el poema que ya tenía pergeñado, y de publicarlo. Ya no vería más sus árboles, ni sus arroyuelos, ni sus frutos, pero los fijaría en versos relativamente eternos.”*: ob. cit., págs. 69 y 70.

<sup>84</sup> Orrego Vicuña, Eugenio, ob. cit., pág. 66.

<sup>85</sup> Véase un exhaustivo trabajo sobre la *“Poesía de Bello”*, de Armando Uribe Arce, en *“Estudios sobre la vida y obra de Andrés Bello”* (Santiago de Chile, Ediciones de la Universidad de Chile, año 1973), págs 183-218.

<sup>86</sup> Orrego Vicuña, Eugenio, ob. cit., pág. 65.

<sup>87</sup> Salvat Monguillot, Manuel, ob. cit., pág. 40.

*literatura, posesión completa de las lenguas principales, antiguas y modernas, práctica en la diplomacia, y un buen carácter, a que da bastante realce la modestia.*”<sup>88</sup> En aquél tiempo, nada se hacía muy rápido. Sólo el 15 de noviembre de 1828, Miguel de la Barra transcribe a Bello la aceptación del gobierno de Chile, que presidía Francisco Antonio Pinto, que había cultivado amistad con Bello durante su estada en Inglaterra<sup>89</sup>. Bello aceptó y se le proporcionaron 300 libras para el viaje, entregándole Mariano Egaña una recomendación para su padre, Juan Egaña, propietario del lugar en el que hoy nos encontramos, para que recibiera a Bello y su familia, con la “*antigua cordialidad y llaneza chilenas*”<sup>90</sup>. Su remuneración ascendería a 1.500 pesos anuales, que correspondía al sueldo de los oficiales mayores o subsecretarios de ministerio<sup>91</sup>.

Entretanto, Bolívar, recordando cuando ya era tarde su antigua amistad, pensó en nombrarlo ministro en Estados Unidos. El ministro de Relaciones Exteriores de Colombia, Revenga, expresaba a Bello por su parte: “*véngase usted a nuestra Colombia, mi querido amigo; véngase usted a participar de nuestros trabajos y de nuestros escasos goces. ¿Quiere usted que sus niños sean extranjeros al lado de todos los suyos y en la misma tierra de su padre?*”. Esfuerzos vanos, pues Bello ya se encontraba en viaje a Chile<sup>92</sup>.

### 3.- SU LLEGADA A CHILE.

Desembarca Bello en Valparaíso el día 25 de junio de 1829. Tiene ya 48 años, una edad que para el siglo diecinueve, era usualmente la antesala de la muerte. Arribó, describe Enrique Bunster, en el “*velero Grecian con su esposa británica Elizabeth Dunn y sus hijos, sin secretario ni sirvientes y con un equipaje de emigrante pobre y muchos baúles y cajones repletos de libros y manuscritos.*”<sup>93</sup> Junto a su segunda cónyuge, le acompañaban cinco hijos, dos de su primer matrimonio (Carlos, de 14 años y Francisco de 11 años) y los otros tres del segundo (Juan, de 4 años; Andrés de 3 años; y Ana de un año). Ese mismo año nace en Santiago Miguel, pero fallecerá al año siguiente. Entre 1831 y 1846, llegarían ocho más.

Las crónicas de la época, pintan un retrato descarnado de Valparaíso, que tenía 20.000 habitantes. Los alemanes Eduardo Federico Poepping y el barón Federico Fernando Von Kutlitz, recogen en 1827 “*una*

---

<sup>88</sup> Salvat Monguillot, Manuel, ob. cit., pág. 40.

<sup>89</sup> Orrego Vicuña, Eugenio, ob. cit., pág. 83.

<sup>90</sup> Salvat Monguillot, Manuel, ob. cit., págs. 40 y 41.

<sup>91</sup> Orrego Vicuña, Eugenio, ob. cit., pág. 83.

<sup>92</sup> Orrego Vicuña, Eugenio, ob. cit., pág. 84.

<sup>93</sup> Bunster, Enrique, ob. Cit., pág. 185.

*pobre impresión del Valparaíso de entonces, al que califican de tener calles estrechas y sucias, edificios pobres y alrededores desiertos*<sup>94</sup>.

Se comprenderá que resultaba inevitable para Bello y los suyos la comparación entre la metrópoli bullente que era Londres, y el modesto puerto chileno.

Santiago, por su parte, no podía tampoco compararse con ninguna mediana ciudad europea de la época. Hacia 1830, su población era de unos 48.000 habitantes<sup>95</sup>. Su arquitectura era todavía la típica de una ciudad colonial, con calles estrechas y casas de un piso de fachada continua, con patios interiores. En verdad, la impresión que le provocó la capital de Chile no pudo ser muy favorable. Bello se encontró con *“Calles sin empedrar, campanas que daban a toda hora el pregón de la oración, acequias desbordadas, voces de sereno comunicando el tiempo a un vecindario sumido aún en modorra secular, y en un extremo la mole sombría del Huelén, refugio de mendigos y maleantes...”*<sup>96</sup> Santiago todavía no comenzaba la transformación que llevaría adelante Vicuña Mackenna.

A su llegada a Chile, Orrego Vicuña describe a Bello como *“...un hombre fuerte, de recia y sana contextura, trabajada por el sufrimiento y restaurada por la sobriedad de hábitos que tiraron siempre a lo patriarcal. La frente amplísima y muy despejada, los ojos ovalados, de sereno y profundo mirar, como hechos al buceo de las almas y a sumergirse largamente en el estudio y en la contemplación de la naturaleza y de los hombres. La nariz era aguileña, la boca fina, redonda la barba; el pelo escaso y ligeramente ondulado dejaba caer sueltas hebras entrecanas sobre la calva. La voz armoniosa y grave, diestra en el buen decir; los ademanes reposados, el gesto elegante. En suma, fisonomía agradable, prestancia de sabio, de maestro...”*<sup>97</sup>

La situación del país no era nada de halagüeña. Un gobierno debilitado enfrentaba una feroz oposición. Bello, anotó que el país al que llegaba, se debatía *“en facciones llenas de animosidad”*<sup>98</sup>. Emplea esa expresión en la primera carta que escribe en Chile, dirigida a su amigo José Fernández Madrid, Ministro de Colombia en Londres: *“La situación de Chile en este momento no es nada lisonjera: facciones llenas de animosidad; una Constitución vacilante; un Gobierno débil; desorden en todos los ramos de la administración.”*<sup>99</sup>

---

<sup>94</sup> Le Dantec, Francisco, “Crónicas del Viejo Valparaíso” (Valparaíso, Ediciones Universitarias de Valparaíso, Universidad Católica de Valparaíso, año 1984), pág. 240.

<sup>95</sup> “Nueva Enciclopedia de Chile” (Santiago de Chile, Ediciones Copihue, año 1972), Tomo I, pág. 153.

<sup>96</sup> Orrego Vicuña, Eugenio, ob. cit., pág. 85.

<sup>97</sup> Orrego Vicuña, Eugenio, ob. cit., pág. 81.

<sup>98</sup> Edwards Bello, Joaquín, ob. cit., pág. 50.

<sup>99</sup> Edwards Bello, Joaquín, ob. cit., pág. 104.

Para apreciar el panorama político de Chile, sumido en una profunda crisis, conviene tener presente lo que al respecto escribe Alberto Edwards Vives: *“En 1829, el partido liberal o pipiolo, colocado al cabo de largas vicisitudes en la posesión de un poder efímero y vacilante, se encontraba al frente de una oposición heterogénea a la que en vano se buscaría propósitos o ideales definidos. Pelucones, estanqueros, federales y o’higginistas componían otros tantos grupos de descontentos, sin más lazo de unión que el deseo de escalar el poder. En tiempos de disolución social los partidos no necesitaban lógica cuando tratan de servir sus ambiciones y así no es extraño ni nuevo el espectáculo de aquella unión monstruosa de los pelucones que encontraban la Constitución de 1828 sobrado federal, y de los federales que la hallaban demasiado conservadora, de los o’higginistas que querían restablecer el gobierno militar, y de los estanqueros que contaban entre sus filas a los más conspicuos de los carrerinos, víctimas de ese gobierno.”*<sup>100</sup>

En efecto, tras la abdicación de O’Higgins, Chile se había sumido en una profunda crisis política. En palabras de Enrique Bunster, después de O’Higgins, *“sobreviene el carrusel político de pipiolos, carrerinos, pelucones, o’higginistas, populacheros, federalistas, estanqueros, unitarios y neutros; se desata el caudillismo, enfermedad pegajosa de la América española, y se suceden las Juntas de Gobierno, los cuartelazos y la seguidilla de gobernantes que no acababan de acomodarse en su sillón cuando tenían que abandonarlo.”*<sup>101</sup>

Considerando lo anterior, no puede causar extrañeza que al enterarse Bolívar que Bello había aceptado viajar a Chile, escribiera desde Quito a su ministro en Londres: *“yo ruego a Ud. encarecidamente que no deje perderse a ese ilustrado amigo en el país de la anarquía (...) Persuada Ud. a Bello de que lo menos malo que tiene América es Colombia (...) Su patria debe ser preferida a todas, y él, digno de ocupar un puesto muy importante en ella. Yo conozco la superioridad de este caraqueño contemporáneo mío. Fue mi maestro cuando teníamos la misma edad y yo le amaba con respeto. Su esquividad nos ha tenido separados (...) y por lo mismo deseo reconciliarme, es decir, ganarlo para Colombia”.*<sup>102</sup>

Pero la decisión ya estaba tomada por Bello, y para nuestra fortuna, no se arredró en viajar al país de la anarquía. Esta, en todo caso, pronto cesaría.

---

<sup>100</sup> Edwards Vives, Alberto, “Bosquejo histórico de los partidos políticos chilenos” (Santiago de Chile, Editorial del Pacífico S.A., año 1976), págs. 29 y 30.

<sup>101</sup> Bunster, Enrique, ob. cit., págs. 39 y 40.

<sup>102</sup> Bunster, Enrique, ob. cit., pág. 184.

El enfrentamiento decisivo entre quienes se disputaban la conducción del país, se produciría en Lircay, el 17 de abril de 1830. En los campos aledaños a Talca, la balanza se inclinaba a favor de Prieto y en desmedro de Freire. Quedaban así asentadas las bases para el inicio de los decenios, y para que inmerso en una sociedad más estable y ordenada, la capacidad intelectual de Bello encontrara un suelo más fecundo.

Ese mismo año de 1830, el 17 de diciembre, moría en la hacienda de San Pedro Alejandrino, abandonado, proscrito por los mismos que habían recibido sus favores y devorado por la tisis, el hombre que había soñado con la patria grande americana. No dudamos que Bello debe haberse enterado con dolor profundo de aquella pérdida. La muerte de Bolívar sepultaba el idealismo que había impulsado la gesta emancipadora y anunciaba una política de mayor realismo político.

En Chile, el hombre que encarnaría dicho realismo político, sería Diego Portales Palazuelos. Portales y Bello congeniarían movidos por una misma visión del mundo. En ambos, el pragmatismo se imponía sobre ensoñaciones ideológicas. Como acertadamente dice Encina de Diego Portales, *“...nadie como él, en su época, se dio cuenta con igual claridad de la distancia que mediaba entre Bello y el resto de los intelectuales hispanoamericanos.”*<sup>103</sup>

Portales, después de Lircay, deseaba vehementemente incorporar profundas innovaciones en la legislación civil, procesal y penal. Tal deseo crecerá con la influencia de Egaña y de Bello. En el último, descubrió Portales al hombre que necesitaba para la realización de su propósito. Creía Portales que la obra debía ser encomendada a un solo jurisconsulto para uniformar la tarea<sup>104</sup>. Más, tal propósito no logra concretarse al no encontrar Portales el acuerdo del Congreso, y deberán pasar muchos años para que comenzara a cristalizar esta aspiración. Portales, no alcanzaría a ver estos primeros resultados.

Mientras tanto, el panorama en el resto de las jóvenes naciones hispanoamericanas era desolador. En Bolivia, Sucre era obligado a dimitir presionado por el Perú. Esta nación se enfrentaba después con Colombia. Las tropas peruanas se apoderan de Guayaquil el 21 de enero de 1829, pero después son derrotadas por las tropas colombianas comandadas por el mismo Mariscal de Ayacucho<sup>105</sup>. En la propia Colombia, se subleva el general Córdoba, antiguo compañero de las guerras de la independencia de Bolívar y éste debe enviar una expedición para reducirle. En Venezuela, Páez, Mariño y otros jefes militares y políticos imponen su criterio en orden

---

<sup>103</sup> Encina-Castedo, ob. cit., pág. 846.

<sup>104</sup> Encina-Castedo, ob. cit., pág. 860.

<sup>105</sup> Campos Menéndez, Enrique, págs. 423 y 424.

a la completa separación del país , que estiman capaz de ser gobernado al margen de la Gran Colombia<sup>106</sup>. El sueño de Bolívar se disuelve sin remedio. Uruguay, rompe definitivamente sus vínculos con Buenos Aires y en 1828, merced a la intervención inglesa, se convierte en un Estado tapón entre Brasil y Argentina, que se habían enfrentado entre los años 1825 y 1828 en una desgastadora guerra. Esta última, por su parte, se debatía en el enfrentamiento entre unitarios y federalistas, y tras la muerte de Dorrego a manos de Lavalle, hecho del cual el último se arrepentiría amargamente, Rosas instalaba su sombrío régimen de terror. Sólo Brasil escapa a esta anarquía colectiva, al instalarse en este país la Casa de Braganza, a cuya cabeza se encuentra Don Pedro I, en 1822. El Imperio brasileño se prolongará, después con Don Pedro II, hasta el año 1889. Así, paradójicamente, un régimen monárquico será el de mayor estabilidad durante el siglo diecinueve, en Sudamérica.

Todo esto explica, en nuestra opinión, por qué Bello, contratado por un gobierno presidido por un liberal, como era el Presidente Francisco Antonio Pinto, se plegaría, al llegar a Chile, al bando de los conservadores. Nuevamente su inclinación por el orden y el pragmatismo político, prevalecían por sobre quimeras, que sólo anarquía y muerte habían traído a todos los pueblos hispano-americanos, tras las guerras de la independencia. Como señala Orrego Vicuña, Bello *“Quería paz y disciplina, sin las cuales su magisterio resultaría, si no estéril, difícil. ¿Se las dio el partido conservador? Pues con él estuvo. Nada puede reprochársele. Los hombres del régimen liberal le habían contratado para servir a Chile y no a sus banderías.”*<sup>107</sup>

Bello arriba a Chile con el propósito de prestar servicios como Oficial Mayor o Subsecretario del Ministerio de Relaciones Exteriores, cargo que ocuparía por cuatro lustros consecutivos. Pero sus primeras contribuciones serían como profesor de legislación y literatura española en el Colegio de Santiago y como redactor de *“El Araucano”*, el periódico que había fundado Portales. En esta publicación, Bello se haría responsable de las secciones jurídica, literaria y científica<sup>108</sup>. Durante veinte años de trabajo infatigable, Bello escribiría sobre una gran diversidad de temas, que no sólo aludían al derecho, la política o la historia, sino que también a la química aplicada, la agricultura, la internación de libros (cuya censura combatió, ganándose el timbre de hereje), la vacuna, los hospitales, etc.<sup>109</sup>

Sus módicos sueldos no le permiten alquilar una casa. Se instala Bello con su familia como pensionista de una dama argentina, doña

---

<sup>106</sup> Campos Menéndez, Enrique, pág. 425.

<sup>107</sup> Orrego Vicuña, Eugenio, ob. cit., pág. 88.

<sup>108</sup> Bunster, Enrique, ob. cit., pág. 185.

<sup>109</sup> Bunster, Enrique, ob. cit., pág. 187.

Eulogia Nieto de Lafinur, en la calle Santo Domingo, costado sur, casi esquina de Miraflores<sup>110</sup>. Allí vivió, con modestia, por varios años.

Una de las principales preocupaciones de Bello, decían relación con el buen uso del idioma. Estaba horrorizado por la forma en que hablaban los chilenos (qué habría pensado si viviera en nuestros días...), aún aquellos pertenecientes a los sectores más pudientes de nuestra sociedad. No era inusual que en las tertulias y salones más encopetados, se oyeran expresiones como “*haiga*” en vez de haya, “*dentrar*” por entrar, o “*celebro*” en vez de cerebro<sup>111</sup>. Así las cosas, en 1847, publica su “*Gramática de la lengua castellana*”, conocida también como la gramática de sus dos colaboradores, Bello-Cuervo, en homenaje a las anotaciones hechas por el filólogo colombiano R. Cuervo, que reactualizaron y enriquecieron el gran caudal de notas críticas de la obra<sup>112</sup>. Esta “*Gramática*” constituyó durante mucho tiempo una autoridad incontestable en su género, y resultó imprescindible para todo estudioso del idioma<sup>113</sup>. Esta obra, hizo exclamar al erudito español Marcelino Menéndez Pelayo, que Bello “*fue el salvador de la integridad del castellano en América*”.<sup>114</sup> Schiller, por su parte, le calificaría en su “*Gedanken der amerikanische latinien*”, como “*el padre de la pedagogía en América*”<sup>115</sup>.

El trabajo de Bello en el Ministerio de Relaciones Exteriores, rápidamente dio sus primeros frutos. En 1832, se firma con Estados Unidos un tratado de amistad, comercio y navegación<sup>116</sup>. La política exterior diseñada por Bello, quedaría expresada, algunos años más tarde, en el Mensaje que el presidente Prieto lee al Congreso el 1 de junio de 1841: “*Igualdad para todos los pueblos de la tierra y estricta reciprocidad de concesiones son los principios que regulan la política externa de Chile..., y la limitación de todo pacto internacional a un moderado plazo que nos permita modificarlo o derogarlo cuando no corresponda a nuestra esperanza.*”<sup>117</sup> En el mismo año 1832, Bello había publicado una obra titulada “*Derecho de Gentes*”, que ejercería gran influencia entre los tratadistas. En esta obra, Bello planteará textualmente que “*Si el límite es una cordillera, la línea divisoria corre por sobre los puntos más encumbrados de ella, pasando por entre los manantiales de las vertientes que descienden a un lado y a otro*”. Esta doctrina, conocida con la expresión latina *divortia aquarum*, sería adoptada en el Derecho

---

<sup>110</sup> Bunster, Enrique, ob. cit., pág. 185.

<sup>111</sup> Bunster, Enrique, ob. cit., pág. 187.

<sup>112</sup> Enciclopedia Monitor (Pamplona, Salvat S.A. de Ediciones, año 1970), Tomo 8, pág. 3.039.

<sup>113</sup> Enciclopedia Hispánica, Tomo 2 (Encyclopaedia Britannica Publisher, Inc., Estados Unidos de América, años 1995-1996), pág. 386.

<sup>114</sup> Enciclopedia Hispánica, pág. 387.

<sup>115</sup> Bunster, Enrique, ob. cit., pág. 193.

<sup>116</sup> Encina-Castedo, ob. cit., pág. 887.

<sup>117</sup> Encina-Castedo, ob. cit., pág. 958.



Internacional y en la solución del diferendo chileno-argentino que resolvería el Tratado de límites del año 1881, cuyo artículo 1º, que recoge la solución propuesta por Bello 40 años antes, ha sido llamado “*la cláusula de Bello*”<sup>118</sup>.

En 1833, entra en vigencia la Constitución Política que aseguraría casi 60 años de estabilidad democrática. Aunque Bello no jugó un rol protagónico en la redacción de la carta fundamental, hay evidencias que intervino con sugerencias, colaborando con Mariano Egaña. El propio Portales, en una carta enviada a Garfias el 3 de agosto de 1832, expresa: “*Mucho me agrada la noticia de que el compadre (Andrés Bello) se haya hecho cargo de la redacción del proyecto de reforma de la constitución.*”<sup>119</sup>  
120

La nacionalidad chilena, ya le había sido concedida, al aprobar la Cámara de Diputados, el 15 de octubre de 1832, un oficio que le remitiere el Senado, con tal propósito.

El 17 de noviembre de 1836, el último Rector de la Universidad de San Felipe, don Francisco Meneses, le confiere a Bello el título de Bachiller en cánones y leyes. Fue uno de los últimos títulos otorgados por dicha Universidad<sup>121</sup>.

El 15 de mayo de 1837, es proclamado Senador de la República. Lo será por tres períodos, de 1837 a 1846, de 1846 a 1855 y de 1855 a 1864<sup>122</sup>.

En 1838, formará parte del primer directorio de la Sociedad Nacional de Agricultura, junto a Claudio Gay e Ignacio Domeyko<sup>123</sup>.

Entre 1831 y 1851, publicará Bello, además de sus numerosas poesías, estudios críticos, filosóficos y jurídicos varias obras didácticas, a saber “*Principios de la ortología y métrica de la lengua castellana*” (1835); “*Análisis ideológico de los tiempos de la conjugación castellana*” (1841); “*Gramática de la Lengua Castellana*” (1847); “*Gramática de la Lengua*

---

<sup>118</sup> Lagos Carmona, Guillermo, “*Andrés Bello y el Tratado de Límites de 1881 entre Argentina y Chile*”. En: “*Congreso Internacional: ‘Andrés Bello y el Derecho*’” (Santiago de Chile, Editorial Jurídica de Chile, año 1981), págs. 357-401.

<sup>119</sup> Encina, Francisco Antonio, “Portales”, Tomo II (Santiago de Chile, Editorial Nascimento, segunda edición, año 1964) pág. 205.

<sup>120</sup> Portales fue padrino de Ascensión Bello Dunn, nacida en Santiago en 1832 y muerta antes de 1857 o ese mismo año: Salvat Monguillot, Manuel, ob. cit., pág. 58.

<sup>121</sup> Salvat Monguillot, Manuel, ob. cit., pág. 65.

<sup>122</sup> Salvat Monguillot, Manuel, ob. cit., pág. 59.

<sup>123</sup> Encina-Castedo, ob. cit., Tomo II, pág. 954.

*Latina*” (1847, obra que había iniciado su hijo Francisco, fallecido en 1845); y *“Tratado de Cosmografía”* (1848)<sup>124</sup>.

Su capacidad era objeto de tal reconocimiento, que nadie dudaba que en Chile no había un escritor que pudiera equiparársele. Su sapiencia había llegado a ser a tal punto considerada que los más importantes dignatarios de la República no podían prescindir de él. Un hecho prueba este aserto: en 1839, el Presidente Prieto le encargó la redacción de su Mensaje al Congreso Pleno, y el Senado, le confió la del discurso de respuesta<sup>125</sup>.

Su refugio, el lugar en el que encontraba el descanso necesario en medio de tantos afanes, era precisamente el fundo de los Egaña, llamado *“La Hermita”* o *“Peñalolén”*. Desde Europa, Mariano Egaña se preocupó de la decoración del parque, encargando cascadas italianas, fuentes de Saint Cloud, diseños de jardines ingleses, estatuas e hizo grabar en piedra trozos de lecturas de clásicos. En este hermoso lugar, desde el cual podía dominarse la ciudad de Santiago, lejana en el valle en aquellos años aunque visible por la pureza del aire ya perdida, los amigos de la familia Egaña, Bello entre ellos, encontraban la paz y sosiego imprescindibles para retomar las tareas cotidianas. Bello pasó en este predio varias temporadas, sólo o con su familia. En ocasiones, señalan las crónicas, *“le servía la calma del paraje para redactar sus escritos”*<sup>126</sup>. Pedro Vicuña contaba a su sobrino Ramón Subercaseaux haber visto a Bello sentado bajo los árboles de Peñalolén, escribiendo. Allí mismo corregía, borraba y volvía a corregir la composición<sup>127</sup>. Aquí también escribió su *“Oda a Peñalolén”*, en homenaje a su amigo Mariano Egaña, muerto repentinamente en la noche de San Juan del año 1846<sup>128</sup>. <sup>129</sup> El texto, es el que ustedes tienen en vuestras manos, en el reverso del programa de esta Jornada. Estos versos, que al decir de un autor ideó Bello como una imitación de Víctor Hugo y que terminaron superando al autor original, serían leídos por Bello por primera vez en el fundo de doña Javiera Carrera, en el Monte<sup>130</sup>. Algunas veces, refiere Manuel Salvat, Egaña y Bello disfrutaron de otras compañías, por lo que los maledicentes llamaban a Peñalolén *“el altar de*

---

<sup>124</sup> Encina-Castedo, ob. cit., Tomo II, pág. 1.023.

<sup>125</sup> Bunster, Enrique, ob. cit., Tomo II, pág. 190.

<sup>126</sup> Salvat Monguillot, Manuel, ob. cit., pág. 62.

<sup>127</sup> Salvat Monguillot, Manuel, ob. cit., nota en la pág. 62, quien a su vez cita a Silva Castro, *“Andrés Bello”*, pág. 84.

<sup>128</sup> Salvat Monguillot, Manuel, ob. cit., pág. 63.

<sup>129</sup> Mariano Egaña había nacido en Santiago en el año 1793, el mismo año en que nace Portales. A los 18 años, era abogado, a los 20 años, secretario de la Junta de Gobierno de 1813. Con la Reconquista, conoció el exilio en Juan Fernández. La Junta constituida después de la renuncia de O’Higgins lo nombró ministro de gobierno y marina, a los 30 años. En palabras de Francisco Antonio Encina, *“Egaña fue, ante todo, un legislador, un jurisconsulto y un magistrado de saber prodigioso para su época, al tiempo que un apóstol del progreso y de la cultura”*: Encina-Castedo, ob. cit., pág. 769-771.

<sup>130</sup> Bunster, Enrique, ob. cit., pág. 188.

*Venus*<sup>131</sup>. Nosotros creemos que estos comentarios, y las alusiones a la diosa del amor y madre de Eneas, no eran sino exageraciones y probablemente fruto de la envidia de quienes los formulaban, por no haber sido ellos partícipes de tales condumios y cuchipandas. En todo caso, más allá de estos comentarios anecdóticos, coinciden los autores que Bello “componía sus mejores páginas en la rusticidad campesina de Peñalolén”<sup>132</sup>. Como señala Joaquín Edwards, “Bello, descendiente de labradores, amó el campo. Su primer poema se dirigió a un árbol. En Chile mencionó flores, aves, naturaleza. Su rincón inspirador se llamó Peñalolén.”<sup>133</sup>

Pero esta actividad incesante de Bello, atemperada con sus descansos en este escenario precordillerano, se conjugaba con un dolor profundo e inextinguible que laceraba el alma del sabio. Habían muerto, algunos en la infancia o en plena juventud, la mayor parte de sus hijos, “y el padre inconsolable e insomne vagaba de noche por los corredores de su casa, ‘penando en vida’ al decir de sus sirvientes, llorando por los retoños perdidos y rezando los salmos de David.”<sup>134</sup> Efectivamente, de los quince hijos matrimoniales que tuvo Bello, tres del primer matrimonio y doce del segundo, hay registro de la muerte de nueve de ellos, antes del fallecimiento de su padre<sup>135</sup>. De estos, ocho morirían cuando Bello ya estaba radicado en Chile. La muerte de uno de ellos, Dolores Bello Dunn, fallecida a los nueve años (en 1843), llevó a Bello a componer su famosa obra “*La oración por todos*”. La longevidad de la madre de Bello y la del mismo Andrés, no continuaría en su progenie.

Para contrarrestar dicho pesar, hasta donde era posible, desplegaba Bello un trabajo incesante. Redactor de tres secciones de “*El Araucano*”, subsecretario de Relaciones Exteriores, senador y consejero de Estado, y profesor de gramática, literatura y derecho romano, que dictaba privadamente en su biblioteca<sup>136</sup>. En esta, su aula, “*A paso lento –*

---

<sup>131</sup> Salvat Monguillot, Manuel, ob. cit., pág. 62.

<sup>132</sup> Edwards Bello, Joaquín, ob. cit., pág. 36.

<sup>133</sup> Edwards Bello, Joaquín, ob. cit., pág. 47.

<sup>134</sup> Bunster, Enrique, ob. cit., pág. 192.

<sup>135</sup> De su primer matrimonio con María Ana Boyland, nacieron Carlos Eusebio Florencio (Londres 1815-Santiago 1854); Francisco José Manuel (Londres 1817-Santiago 1845); y Juan Pablo Antonio (Londres 1820-Londres 1821); de su segundo matrimonio, con Isabel Dunn, nacieron Juan (Londres 1825-Nueva York 1860); Andrés (Londres 1826, sin información sobre su data de muerte); Ana (Londres 1828-Santiago 1851); Miguel (Santiago 1829-Santiago 1830); Luisa (Santiago 1831-Santiago 1862); Ascensión (Santiago 1832-Santiago presumiblemente 1857); Dolores (Santiago 1834-Santiago 1843); Manuel (Santiago 1835-Santiago 1875); Eduardo (Santiago 1838-Perú 1870); Josefina (Santiago 1837, sin información sobre su data de muerte); Emilio (Santiago 1845, sin información sobre su data de muerte, aunque fue posterior a 1870, año en que fue diputado); y Francisco Segundo (Santiago 1846-Santiago 1887). Hay registro de al menos un hijo natural, llamado al igual que su padre Andrés, nacido en 1839. De sus dieciséis hijos, tres fueron abogados (Juan Bello Dunn, Manuel Bello Dunn y Andrés, nacido fuera de matrimonio): Salvat Monguillot, Manuel, ob. cit., págs. 57 y 58.

<sup>136</sup> Bunster, Enrique, ob. cit., pág. 192.

*impasible y serio a veces- media la estancia, hablando con pausa y echando a ratos el humo de un enorme habano que rara vez abandonaba (...)* Andando el tiempo, Bello fue extendiendo el radio de su acción pedagógica y en forma de charlas íntimas comenzó a dar lecciones de crítica y composición literaria, en las que participaban no sólo sus discípulos ordinarios, sino también los jóvenes que solían visitarlo. En esas lecciones...se encarecía con fervor la afición a la lectura. Bello llegaba a censurar sin piedad a aquellos que no la ejercitaban como manjar cotidiano.<sup>137</sup>

En 1842, el presidente Bulnes confía a Bello y a Manuel Montt organizar la Universidad de Chile. Ella será la continuadora de la primera universidad chilena, la de San Felipe, extinguida por un decreto de Mariano Egaña en 1839. En sus primeros veinte años, funcionaría en el terreno que hoy ocupa el Teatro Municipal, para trasladarse después a su actual emplazamiento. Vale la pena detenerse en los nombres de los decanos y subdecanos que Bulnes, Montt y Bello escogieron para la naciente universidad: Filosofía y Humanidades, Miguel de la Barra y Antonio García Reyes; Ciencias Matemáticas y Físicas, Andrés Antonio Gorbea e Ignacio Domeyko; Medicina, Lorenzo Sazié y Francisco Javier Tocornal; Leyes y Ciencias Políticas, Mariano Egaña y Miguel María Güemes; y Teología, presbíteros Rafael Valentín Valdivieso y Justo Donoso. Secretario general fue elegido el poeta Salvador Sanfuentes<sup>138</sup>. Y a la cabeza de todos ellos, un venezolano que había arribado al país catorce años atrás. Bello, refiriéndose a la Facultad de Leyes y Ciencias Políticas, diría en su discurso inaugural: *“A la facultad de leyes y ciencias políticas se abre un campo el más vasto, el más susceptible de aplicaciones útiles. Lo habéis oído: la utilidad práctica, los resultados positivos, las mejoras sociales, es lo que principalmente espera de la universidad el gobierno...”*<sup>139</sup>

En una ceremonia llena de brillo y solemnidad, con un aparato digno de la época colonial, el 17 de septiembre de 1843 se inaugura la universidad. En su discurso, Bello subrayará la importancia de instruir al pueblo: *“...soy de los que miran la instrucción general, la educación del pueblo, como uno de los objetos más importantes y privilegiados a que pueda dirigir su atención el Gobierno; como una necesidad primaria y urgente; como la base de todo sólido progreso; como el cimiento indispensable de las instituciones republicanas.”*<sup>140</sup>

Por cierto, como una señal de increíble miopía, dos veces, en los años siguientes a su fundación, se intentó abortar con la naciente

---

<sup>137</sup> Orrego Vicuña, Eugenio, ob. cit., págs. 113 y 114.

<sup>138</sup> Bunster, Enrique, ob. cit., pág. 194.

<sup>139</sup> Orrego Vicuña, Eugenio, ob. cit., pág. 186.

<sup>140</sup> Bunster, Enrique, ob. cit., pág. 196.

institución universitaria. En efecto, los diputados conservadores (en 1845) y los liberales después (en 1849), pidieron la supresión del presupuesto asignado a la Universidad, por estimarlo *“inútil e injustificado”*. Como fracasaren en su intento, se propuso reducir sus gastos, declarando *ad honores* al personal ejecutivo. Afortunadamente, el Senado rechazó esta absurda iniciativa. No en balde, Bello formaba parte de este cuerpo, e influyó en la decisión con su oratoria y prestigio<sup>141</sup>.

Los afanes de bello, no se circunscribían, sin embargo, sólo a la enseñanza superior. Abogaba por extender la enseñanza primaria, que presentaba en la época un panorama desolador. En 1848, iba a la escuela primaria en Chile un habitante por cada 45<sup>142</sup>. En los primeros años del gobierno de Montt, de un total de 215.000 niños, sólo recibían enseñanza elemental 23.131<sup>143</sup>. A mediados del siglo diecinueve, era Chiloé la región que mejor promedio tenía en esta materia, con una escuela para cada 118 niños, mientras que la situación más desastrosa se presentaba en Colchagua, con una escuela para 668 niños. Mucho antes que Domeyko, Sarmiento y Montt, abogaría Bello por la necesidad imperiosa de establecer escuelas normales para preceptores, con el objeto de uniformar y mejorar la educación elemental. *“¿Qué haremos –se preguntaba- con tener oradores, jurisconsultos y estadistas, si la masa del pueblo vive sumergida en la noche de la ignorancia?”*. Como dice Encina, Bello fue el inspirador, mientras que Sarmiento y Montt, serían los realizadores<sup>144</sup>. Esta prédica de Bello afortunadamente no caería en balde. Si al comenzar el gobierno de Montt habían 571 escuelas de enseñanza primaria, al concluir el número se elevaba a 911 escuelas<sup>145</sup>.

Por aquellos años, habían obtenido refugio en Chile importantes intelectuales argentinos, huyendo de la dictadura de Rosas y de los caudillos del interior. Destacan entre ellos Domingo Faustino Sarmiento, Bartolomé Mitre, Vicente Fidel López y Juan María Gutiérrez. Entrarán en una célebre polémica con Bello. En efecto, éste encarnaba la tradición literaria europea, y sostenía la necesidad de estudiar el idioma castellano y su gramática y completar tal estudio con el latín y los clásicos, imprescindibles, decía, para cualquier joven que quisiere abrazar la carrera literaria. Sarmiento y sus compatriotas, por su parte, enrostraban a los jóvenes escritores chilenos una esterilidad provocada, supuestamente, por la disciplina a que Mora y después Bello los habían sometido, al imponerles el estudio del idioma y de los modelos clásicos<sup>146</sup>. Los argentinos desdeñaban este estudio de los clásicos y del idioma, que

---

<sup>141</sup> Bunster, Enrique, ob. cit., págs. 198 y 199.

<sup>142</sup> Orrego Vicuña, Eugenio, ob. cit., pág. 198.

<sup>143</sup> Encina-Castedo, ob. cit., Tomo II, pág. 1.195.

<sup>144</sup> Encina-Castedo, ob. cit., Tomo II, pág. 1.047.

<sup>145</sup> Encina-Castedo, ob. cit., Tomo II, pág. 1.197.

<sup>146</sup> Encina-Castedo, ob. cit., Tomo II, págs. 1.026 y 1.027.

consideraban no sólo disciplinas inútiles sino que además dañinas, pues mataban en germen la personalidad espontánea, fiándolo todo a las dotes naturales. Bello, en respuesta, señalaba que por el camino propuesto por los trasandinos, el del menor esfuerzo, dentro de poco desaparecería el hermoso idioma de Cervantes, y sería reemplazado por dialectos bárbaros y que por este procedimiento, jamás llegaría el genio hispanoamericano a producir obras maestras<sup>147</sup>. Aunque algunos de los argumentos de los jóvenes argentinos nos parecen fundados, la balanza se inclina en esta disputa a favor de Bello, por la sencilla razón que la creación artística, ha de estar necesariamente precedida por una sólida formación intelectual.

En esa misma dirección, planteaba Bello que el estudio de la Historia debía privilegiar la investigación en las fuentes, antes que lanzarse a redactar ensayos histórico-filosóficos. En 1848, decía Bello: *“¡Jóvenes chilenos!, aprended a juzgar por vosotros mismos; aspirad a la independencia del pensamiento. Bebed en las fuentes... Leed el diario de Colón, las cartas de Pedro de Valdivia, las de Hernán Cortés, Bernal Díaz...”*<sup>148</sup>

Bello se daba tiempo incluso para traducir obras de teatro, como lo hizo con *“Teresa”*, de Alejandro Dumas, que interpretada por la célebre actriz Aguilar, causó sensación en Santiago<sup>149</sup>.

En las postrimerías del gobierno de Bulnes, hacia 1850, se había instalado Bello y su familia en una casa sita en el número 100 de la calle Catedral. Bordeaba ya los setenta años, pero no se extinguía su dedicación al trabajo. Paulino Alfonso lo describe en su sala de trabajo, un aposento rodeado de estantes colmados de libros, donde escribía en la silenciosa compañía de un gato romano, entre blanco y plomo, que era tolerado sobre el escritorio, comía con su amo y acostumbraba dormir a sus pies sobre una piel que había bajo el sillón y la mesa<sup>150</sup>. Será en aquellos años en los que culminará su obra más elogiada, el Proyecto de Código Civil.

En 1849, resulta elegido como diputado su hijo Juan Bello Dunn. Este hijo del segundo matrimonio de Bello, sería el causante de la famosa frase de Lastarria en el Congreso. En efecto, José Joaquín Vallejos Borkoski, escritor copiapino talentoso y satírico, más conocido como *“Jotabeche”*, se opuso en una sesión de la Cámara a la elección de Bello, alegando que era un extranjero, nacido en Londres, de madre inglesa y padre venezolano. Lastarria, discípulo de Bello y todavía no distanciado de éste en aquellos años, defendió al hijo de su maestro, ante lo cual

---

<sup>147</sup> Encina-Castedo, ob. cit., Tomo II, pág. 1.200.

<sup>148</sup> Encina-Castedo, ob. cit., Tomo II, pág. 1.033.

<sup>149</sup> Encina-Castedo, ob. cit., pág. 1.203.

<sup>150</sup> Bunster, Enrique, ob. cit., pág. 199.

“*Jotabeche*” aludió con ironía a la inteligencia de Lastarria, viniendo de inmediato la réplica de éste, confirmando sin falsa modestia su inteligencia y agregando para disipar las dudas: “*tengo talento y lo luzco*”<sup>151</sup>.

A propósito del distanciamiento de Lastarria de su antiguo maestro, por las razones que más adelante indicaremos, varias personalidades del ámbito liberal, opositores al gobierno, reprochaban a Bello cierta obsecuencia con el régimen. En verdad, estas críticas nos parecen injustas. Bello creía de verdad que lo mejor para el país era continuar con el gobierno conservador. Su temperamento estaba lejos de entusiasmarse con utopías revolucionarias que habrían hecho retroceder el estado de las cosas a los días previos a Lircay. Para un temperamento tan hispánico como el de Lastarria, Bello era tímido y retrógrado. La explicación podríamos encontrarla en los años londinenses, que habían moldeado un carácter flemático, muy ajeno al común de nuestros políticos de la época (y de ésta también). Bello, practicaba a fin de cuentas las reglas inglesas de la conversación: no exhibir principios personales categóricos, no contradecir y aparentar respeto por las ideas contrarias<sup>152</sup>.

Los mayores sinsabores para Bello se los provocarían, precisamente, jóvenes liberales. Al poco tiempo de asumir la rectoría de la Universidad, el alumno de leyes Francisco Bilbao (discípulo de Lastarria) publica en el diario “*El Crepúsculo*” un libelo titulado “*Sociabilidad chilena*”, que constituía un virulento ataque a la Iglesia y a la estructura política y social<sup>153</sup>. El autor fue acusado de blasfemo e inmoral y condenado a pagar una multa o prisión en caso contrario. El escándalo que causó la publicación fue mayúsculo. Bilbao, enfrentando al fiscal, le apostrofó ser un retrógrado, y él, en cambio, un innovador. Aunque su alegato digno de Zolá dejó más bien fríos a los hombres de toga, suscitó el entusiasmo de un sector de la juventud santiaguina, que erigió a Bilbao como un héroe, paseándolo en hombros por las calles principales de la capital<sup>154</sup>. En medio de tales efusiones, el bisoño apóstol, embargado por las emociones y ahogado por los abrazos, sufrió incluso un desmayo. Aunque el episodio tenía más de curso que de tragedia romana, era insoslayable la reacción de la autoridad. Reunido el Consejo de la Universidad, a petición de Egaña aunque con la repugnancia decidida de Bello y Gorbea<sup>155</sup>, dictaminó que Bilbao no podía continuar sus estudios de Derecho, siendo expulsado. Al

---

<sup>151</sup> Edwards Bello, Joaquín, ob. cit., pág. 59.

<sup>152</sup> Edwards Bello, Joaquín, ob. cit., pág. 63.

<sup>153</sup> Entre otras “*perlas*”, había escrito Bilbao esta pequeña composición:

“*El cura no sabe arar*

*ni sabe enyugar un buey,*

*pero, por su propia ley,*

*él cosecha sin sembrar*”: Encina-Castedo, ob. cit., Tomo II; pág. 968.

<sup>154</sup> Encina-Castedo, ob. cit., Tomo II; pág. 968.

<sup>155</sup> Encina-Castedo, ob. cit., Tomo II, pág. 968.

tiempo, Lastarria, profesor de derecho público, leyó su monografía sobre la –a su juicio– influencia funesta que la Conquista y la Colonia habían legado a la República. Esta segunda publicación se consideró un refuerzo de las ideas de Bilbao y eclipsó la amistad entre Bello y Lastarria<sup>156</sup>.

A pesar de este distanciamiento de los jóvenes liberales, Bello “se hizo querer y respetar de los hombres de talento contemporáneos que lo trataron, no importa el credo que tuvieran”<sup>157</sup>. El propio Bilbao, escribirá conmovedoras cartas a Bello, con motivo de las muertes, implacablemente seguidas, de sus hijos Carlos, Francisco y Juan. En una carta<sup>158</sup> le dice Bilbao a Bello: “Desde París, os escribí por la muerte de Francisco; desde Lima cuando murió Carlos; y hoy desde Buenos Aires, por Juan, mi amigo y compañero, la alegría de nuestras reuniones juveniles, amado de todos, inteligencia luminosa, corazón profundo de ternura, encanto de nuestras horas de solaz, por su sinceridad, su brillo y su entusiasmo. En la virilidad de su genio y de su edad ha sucumbido.”<sup>159</sup>

¿Cómo era un día cualquiera de Bello? Se levantaba de madrugada, probablemente entre las cinco y las seis, con las primeras luces. En la mañana, trabajaba en su gabinete privado, y entre las nueve y diez, almorzaba. Después, se dirigía al Ministerio de Relaciones Exteriores. En la tarde, si había sesión, que normalmente se realizaban de una y media a cuatro, se dirigía al Senado. Después, a casa, donde la comida se servía a las cuatro y media en invierno y a las cinco en verano, para rematar el día, con un paseo por la Cañada o Alameda de O’Higgins, paseo en el que solían acompañarlo amigos, discípulos y algunos de sus hijos. De regreso, se acostaba muy temprano. Si el tiempo no permitía pasear, pasaba del comedor al escritorio, entregándose a la lectura. Leía de todo y a todas las horas posibles<sup>160</sup>. En ocasiones, las tardes se veían interrumpidas por la visita de amigos íntimos, como Miguel Luis Amunátegui, Diego Barros Arana<sup>161</sup>, Manuel Antonio Tocornal y José Victorino Lastarria y más espaciadamente, Benjamín Vicuña Mackenna<sup>162</sup>.

---

<sup>156</sup> Bunster, Enrique, ob. cit., págs. 197 y 198.

<sup>157</sup> Edwards Bello, Joaquín, ob. cit., pág. 86.

<sup>158</sup> Joaquín Edwards Bello afirma que la carta es de noviembre de 1854, pero ello no es posible, pues uno de los hijos de Bello a los que hace referencia Bilbao, Juan Bello Dunn, murió en 1860 (ob. cit., págs. 86 y 87). La carta, razonablemente, debiera ser de este mismo año.

<sup>159</sup> Edwards Bello, Joaquín, ob. cit., pág. 87.

<sup>160</sup> Orrego Vicuña, Eugenio, ob. cit., pág. 241.

<sup>161</sup> Según refiere Cristóbal Peña en un artículo titulado “Barros Arana, el hombre que dudaba”, publicado en el Diario La Tercera, de Santiago de Chile, edición del día 6 de noviembre de 2005, el que años después sería el gran historiador chileno del Siglo XIX se encontraba acuciado por las dudas acerca de su talento narrativo y por ende de su capacidad para acometer un trabajo tan monumental como era escribir la Historia de Chile desde sus orígenes. Bello, enterado de tales vacilaciones, le espetó: “Escriba sin miedo, joven, que en Chile nadie lee.”

<sup>162</sup> Orrego Vicuña, Eugenio, ob. cit., págs. 243 y 244.



A propósito de Amunátegui, refiere éste que después del arduo trabajo que Bello había llevado a cabo en Londres para descifrar los manuscritos casi ilegibles de Bentham, tomó tal horror por la mala letra, que más tarde, solía decir que tener buena letra era cuestión de cortesía y aun de humanidad. Sin embargo, con el tiempo, llegó él mismo a tenerla muy mala, casi indescifrable, de manera que a veces ni con una lupa, podía entender lo que su propia mano había escrito. Agrega Amunátegui que en una ocasión, le tocó examinar unos borrones de Bello que parecían versos, y con entusiasmo, creyendo haber descubierto alguna poesía inédita, se lanzó a la magna tarea de descifrarlos. Cual no sería su sorpresa, y frustración, cuando después de ingente trabajo, se encontró en presencia de algunos artículos del Código Civil<sup>163</sup>.

Por aquellos años, la nostalgia también lo acuciaba. Especialmente, el recuerdo de su madre, muy anciana. En una carta que Bello escribe a una de sus sobrinas, leemos: *“Dile a mi madre que no soy capaz de olvidarla; que no hay mañana ni noche que no la recuerde; que su nombre es una de las primeras palabras que pronuncio al despertar y una de las últimas que salen de mis labios al acostarme, bendiciéndola tiernamente...”*<sup>164</sup> Sabemos que no volvería a verla. Cierta noche, despertó sobresaltado y con el presentimiento angustioso de haber sucedido algo irreparable. Exactamente a la hora, según después le informarían, de la muerte de su madre<sup>165</sup>.

Tras la aprobación por el Congreso del Código Civil, Bello recibe en recompensa la suma de \$ 20.000.- y se le abona el tiempo que le faltaba para jubilar. Le encargó el gobierno el Proyecto de Código de Procedimiento Civil, pero Bello ya no se sentía con las fuerzas necesarias. Abandona entonces todos sus cargos, con excepción de la rectoría de la Universidad, reclusándose paulatinamente en su domicilio. Tres años después, una semiparaplejía le priva casi por completo del uso de sus piernas. Las enfermedades, sin embargo, no le impiden continuar su trabajo, en especial de su obra la *“Filosofía del Entendimiento”*.<sup>166</sup>

#### 4.- UNA OBRA GIGANTESCA.

En estas líneas finales, estimamos pertinente hacer una síntesis del aporte de Bello a nuestro país.

Algunos han sostenido que la influencia de Bello fue decisiva en la instauración del régimen portaliano. El escritor Nicolás Gómez, señala al

---

<sup>163</sup> Orrego Vicuña, Eugenio, ob. cit., pág. 260.

<sup>164</sup> Bunster, Enrique, ob. cit., pág. 200.

<sup>165</sup> Bunster, Enrique, ob. cit., pág. 200.

<sup>166</sup> Encina-Castedo, ob. cit., Tomo II, págs. 1.291 y 1.292.

respecto: *“A nuestro juicio, la Era Portaliana tuvo su origen en una Eminencia Gris de gran cultura, de egregio criterio, conoedor y forjador de almas, inspirador de ideas y actor de primer orden de los destinos de Chile. Esta Eminencia Gris, fue don Andrés Bello; la llamada Era Portaliana debió llamarse la Era de Bello.”*<sup>167</sup>

Jaime Eyzaguirre menciona a Bello como uno de los cuatro arquitectos, junto a Manuel Rengifo, Mariano Egaña y Joaquín Tocornal, que permitieron a Portales sentar las bases del Estado republicano<sup>168</sup>.

Enrique Bunster, resume en cinco grandes obras el trabajo de Bello en Chile: el Código Civil; la organización de la Cancillería; la depuración de la lengua castellana; el Derecho de Gentes; y la fundación de la Universidad<sup>169</sup>.

Benjamín Vicuña Mackenna decía a su vez: *“para la generalidad de los hombres, don Andrés Bello pudo ser en su larga carrera un levantado prócer del saber, un espíritu superior, un profesor eximio, un sabio universal; y todo eso en verdad lo fue en grado eminentísimo (...) Mas para aquellos que le conocimos de cerca, en lo que podría llamarse la intimidad del respeto, para aquellos que escuchamos sus luminosas pláticas de la cátedra y del hogar, para aquellos que en la ruda enseñanza del espíritu recibimos de su indulgente juicio el primer estímulo, para éstos don Andrés Bello fue algo más que un crítico, un profesor y un poeta esclarecido, porque fue el dulce, el venerando y ya extinguido tipo de ‘maestro’ de la edad antigua.”*<sup>170</sup>

El historiador mexicano Manuel Rodríguez Lapuente, a su turno, califica a Bello como *“la figura más eminente”* en el ámbito cultural, de los nacientes Estados hispano-americanos<sup>171</sup>.

Francisco Antonio Encina, por su parte, afirma que Bello fue *“...auxiliar utilísimo, y en algunos aspectos insustituible, de los gobiernos de Prieto y de Bulnes y colaborador inteligente de Montt y de Varas en su ardua labor constructora. Ayudó a los Presidentes y ministros que se sucedieron entre 1830 y 1865 con sus conocimientos y sus sugerencias, que abarcaron un campo extraordinariamente extenso para proceder de un solo cerebro.”*<sup>172</sup>

---

<sup>167</sup> Edwards Bello, Joaquín, ob. cit., pág. 102.

<sup>168</sup> Eyzaguirre, Jaime, “Chile en el tiempo” (Santiago de Chile, Ediciones Nueva Universidad, Universidad Católica de Chile, sin año de publicación), pág. 38.

<sup>169</sup> Bunster, Enrique, ob. cit., pág. 183.

<sup>170</sup> Orrego Vicuña, Eugenio, ob. cit., pág. 215.

<sup>171</sup> Rodríguez Lapuente, Manuel, ob. cit., pág. 638.

<sup>172</sup> Encina Armanet, Francisco Antonio, ob. cit., págs. 30 y 31.

Encina sintetiza en tres observaciones, el legado de Bello:

*“La primera, es la perfecta convergencia del sentido de las influencias culturales de Bello, Portales, Montt, Rengifo y Varas. Todos tomaron por meta la cultura europea de su época, con una fijeza de miras y una constancia que no se repite en otro país hispanoamericano. Todos los esfuerzos del gran humanista en el terreno intelectual, docente y jurídico, y los de los gobernantes, en el político, económico y social, tendieron a transformar el legado de la Colonia en un pueblo europeo, en el menor tiempo posible.*

*La segunda es el sentido creador que tomó en todos ellos el esfuerzo cultural. No les preocupa la demolición del pasado, norte de Lastarria, que en este terreno encarnó exagerándola la recia fibra negativa que hace parte de la urdimbre española.*

*La tercera es el profundo cambio, operado en el correr de treinta años, en las relaciones entre la labor cultural de Bello y los gobiernos y los elementos dirigentes.”<sup>173</sup>*

En este sentido, destaca Encina, hay tres fases perfectamente distinguibles:

1° Durante la administración de Prieto, la labor cultural de Bello se estrella contra el bajo nivel de la cultura chilena. Bello insiste en las lacras vergonzosas que ésta exhibe, sin encontrar otro eco que buenos deseos. Los gobiernos oyen benévolutamente sus sugerencias, pero no hay plata, falta ambiente y hombres preparados para llevar a la práctica las reformas. Para colmo, sobreviene la guerra contra la Confederación, que Bello reprobara en un comienzo, pues temió que podía terminar con la jornada de progreso iniciada en 1830;

2° En el decenio de Bulnes, y gracias a la euforia que sigue a Chañarcillo y Yungay y las fugaces lloviznas de oro de California y Australia, ya son muchos los que prestan oídos a las sugerencias de este cruzado de la cultura. El ministro Montt, el primero de todos; y

3° Durante el decenio de Montt, ahora es Bello el exigido. El gobierno toma la delantera y le pide a Bello un esfuerzo que el anciano, debilitado, ya sólo puede realizar con altos y descansos. Ahora, *“Una verdadera legión de hombres nuevos, surgidos de la semilla que (Bello) sembró, han hecho suyas sus sugerencias; las han superado y, obedeciendo a un mandato invisible, se esfuerzan en implantar los progresos culturales que veinte años atrás quedaban dormidos en las columnas de “El Araucano”, o se desvanecían junto con salir de los labios de Bello...”<sup>174</sup>*

¿Y qué han dicho de Bello sus propios compatriotas? Citemos dos opiniones autorizadas.

---

<sup>173</sup> Encina Armanet, Francisco Antonio, ob. cit., págs. 33 y 34.

<sup>174</sup> Encina Armanet, Francisco Antonio, ob. cit., págs. 33 y 34.

El gran escritor venezolano Arturo Uslar Pietri, escribe sobre Bello estas palabras: *“Justa y buena es esta glorificación de Bello. Es uno de los más grandes nombres que sostienen el prestigio de nuestra nacionalidad. Es, además, herencia moral e intelectual viva que está en nuestra mano reivindicar. Hacer que, en la mejor forma, vuelva el hombre que, en vida, no volvió. Que, al fin, lo gane la tierra que lo perdió.”*<sup>175</sup>

Otro gran intelectual venezolano, Mariano Picón Salas, dirá sobre Bello: *“Bello, ese gran padre del Alfabeto –como le ha llamado Alfonso Reyes-, fue a buscar a Chile, la última República reflexiva donde levantar su claro monumento de prudencia y sabiduría. ¿No era uno mismo, desde el Caribe de su juventud hasta el Pacífico de sus últimos días, el destino espiritual de las naciones hispano-americanas? Para una nueva empresa de liberación por la Cultura, este otro gran caraqueño andariego iba a rehacer, a su modo, la ruta de Bolívar. El también daba forma a los sueños, las aspiraciones, las necesidades de un Continente que empezaba a abrirse al espíritu moderno.”*<sup>176</sup>

Bello, así, dejó a nuestra patria un legado invaluable. Pero en su madurez, no olvidaba su tierra natal. De alguna forma, en todos los hombres y mujeres, los años de la niñez y la juventud, evocados siendo adultos, se representan como una especie de *“paraíso perdido”*, irrecuperable pero firmemente atesorado en la memoria. Así, escribía Bello: *“Recuerdo los ríos, las quebradas y hasta los árboles que solía ver en aquella época feliz de mi vida. ¡Cuántas veces fijo mi vista en el plano de Caracas, creo pasearme otra vez por sus calles, buscando en ellas los edificios conocidos, y preguntándoles por los amigos, los compañeros que ya no existen!...¡Daría la mitad de lo que me resta de vida por abrazaros, por ver de nuevo el catuche, el guaire, por arrodillarme sobre las lozas que cubren los restos de tantas personas queridas! Tengo todavía presente la última mirada que di a Caracas, desde el camino de La Guaira. ¿Quién me hubiera dicho que era, en efecto, la última?”*<sup>177</sup>.

Ese anhelo, sin embargo, no se cumpliría. En Santiago, el 15 de octubre de 1865, a la edad de 83 años, obtendría su eterno descanso. Se cuenta que en los días previos, en su delirio, creía ver en las cortinas de su lecho o en las paredes de su habitación, las estrofas de *“La Iliada”* y *“La Odisea”*<sup>178</sup>. Su inconsciente, quizá, le recordaba cuáles eran las fuentes primigenias sobre las cuales se asentaba nuestra cultura.

---

<sup>175</sup> Uslar Pietri, Arturo, artículo publicado en *“El Nacional”* de Caracas, el 1° de diciembre de 1951, citado por Edwards Bello, Joaquín, ob. cit., pág. 113.

<sup>176</sup> Edwards Bello, Joaquín, ob. cit., pág. 114.

<sup>177</sup> Orrego Vicuña, Eugenio, ob. cit., pág. 23.

<sup>178</sup> Edwards Bello, Joaquín, ob. cit., pág. 119.

Gran cantidad de personas se reunió en la Catedral para despedirlo. El canónigo Francisco de Paula Taforó<sup>179</sup>, en la oración fúnebre, destacó el brusco cambio de alegría a dolor que, en pocos días, había afectado a los concurrentes a la ceremonia. En efecto, decía Taforó, todos habían estado reunidos allí el pasado 18 de septiembre, celebrando felices un nuevo aniversario patrio. Preguntándose que había motivado esta cruel transformación, decía: *“¡el noble orgullo de nuestro país...el padre de nuestra literatura...el sabio americano...el jurisconsulto profundo...el oráculo de nuestra Universidad...el príncipe de nuestros poetas...el consejero de nuestros hombres de estado...el padre modelo, el esposo tierno, el amigo fiel, el ciudadano ilustre y amante de nuestra patria, sin haber nacido en ella, el señor don Andrés Bello...¡no está ya entre nosotros!”*<sup>180</sup>

Había muerto un gran venezolano. Pero por sobre todo, un gran chileno.

El pueblo de Chile, agradecido, le encomendaría en 1874 al gran escultor Nicanor Plaza que levantara un monumento a la memoria de Bello. Plaza hizo trabajar en él a dos de sus alumnos más aventajados, el ecuatoriano Romero y el chileno Medina. Fue inaugurado en noviembre de 1881<sup>181</sup>. Desde el frontis de la Universidad de Chile, nos acompaña nuestro *“bisabuelo de piedra”*.

## BIBLIOGRAFÍA.

### I.- OBRAS CONSULTADAS.

- Bunster, Enrique, “Crónicas Portalianas” (Santiago de Chile, Editorial del Pacífico S.A., año 1977).
- Campos Menéndez, Enrique, “Se llamaba Bolívar” (Buenos Aires, Editorial Francisco de Aguirre S.A., año 1975).
- Castedo, Leopoldo, “Resumen de la Historia de Chile” de Francisco Antonio Encina, redactado por Leopoldo Castedo (Santiago de Chile, Editorial Zig-Zag, Santiago, año 1954), Tomo I.
- Edwards Bello, Joaquín, “El bisabuelo de piedra” (Santiago de Chile, Editorial Nascimento, año 1978).

---

<sup>179</sup> El mismo que desataría en el gobierno de Aníbal Pinto una crisis, al enfrentarse los sectores más conservadores con el Presidente, por proponer éste a Roma a Taforó, considerado demasiado liberal, como arzobispo de Santiago, tras la muerte de Valdivieso. Santa María, aún más execrado por los sectores ultramontanos, sostendría la candidatura de Taforó, enconándose la disputa. Finalmente, Roma rechazaría la petición, arguyendo la ilegitimidad del nacimiento de Taforó, quien efectivamente era hijo ilegítimo de don Rafael Márquez de la Plata y Huidobro: Encina-Castedo, ob. cit., Tomo II, págs. 1.345-1.346.

<sup>180</sup> Salvat Monguillot, Manuel, ob. cit., pág. 12.

<sup>181</sup> Edwards Bello, Joaquín, ob. cit., pág. 119.

- Edwards Vives, Alberto, “Bosquejo histórico de los partidos políticos chilenos” (Santiago de Chile, Editorial del Pacífico S.A., año 1976).
- Encina Armanet, Francisco Antonio, “*Historia de Chile*”, Tomo XIV (Santiago de Chile, Editorial Nascimento, año 1950).
- Encina Armanet, Francisco Antonio, “Portales”, (Santiago de Chile, Editorial Nascimento, segunda edición, año 1964), Tomo II.
- Eyzaguirre, Jaime, “Chile en el tiempo” (Santiago de Chile, Ediciones Nueva Universidad, Universidad Católica de Chile, sin año de publicación).
- García Hamilton, Juan Ignacio, “Don José. La vida de San Martín” (Buenos Aires, Editorial Sudamericana, décimo primera edición, abril 2005).
- Le Dantec, Francisco, “Crónicas del Viejo Valparaíso” (Valparaíso, Ediciones Universitarias de Valparaíso, Universidad Católica de Valparaíso, año 1984).
- Orrego Vicuña, Eugenio, “Don Andrés Bello” (Santiago de Chile, Editorial Zig-Zag, año 1953, cuarta edición).
- Pacho O’Donnell, Mario, “El Águila Guerrera”, la historia argentina que no nos contaron (Buenos Aires, Editorial Sudamericana, año 2004).
- Rodríguez Lapuente, Manuel, “Historia de Iberoamérica” (Barcelona, Editorial Ramón Sopena, S.A., año 1978).
- Salvat Monguillot, Manuel, “Vida de Bello”, en “Estudios sobre la vida y obra de Andrés Bello” (Santiago de Chile, Ediciones de la Universidad de Chile, año 1973).

## II.- ARTICULOS EN REVISTAS Y PERIÓDICOS.

- Lagos Carmona, Guillermo, artículo “*Andrés Bello y el Tratado de Límites de 1881 entre Argentina y Chile*”. En: “*Congreso Internacional: ‘Andrés Bello y el Derecho’*” (Santiago de Chile, Editorial Jurídica de Chile, año 1981).
- Ocampo, Emilio, artículo titulado “Brayer, un general de Napoleón que desafió a San Martín”, en la Revista “Todo es Historia” (Buenos Aires, Impresora Alloni, junio de 2005, año XVIII, número 455).
- Peña, Cristóbal, artículo titulado “Barros Arana, el hombre que dudaba”, publicado en el Diario La Tercera, de Santiago de Chile, edición del día 6 de noviembre de 2005.
- Uribe Arce, Armando, “Poesía de Bello”, artículo en “Estudios sobre la vida y obra de Andrés Bello” (Santiago de Chile, Ediciones de la Universidad de Chile, año 1973).

## III.- OBRAS GENERALES.

- “Enciclopedia Hispánica”, Tomo 2 (Encyclopaedia Británica Publisher, Inc., Estados Unidos de América, años 1995-1996).
- “Enciclopedia Monitor” (Pamplona, Salvat S.A. de Ediciones, año 1970), Tomo 8.
- “Nueva Enciclopedia de Chile” (Santiago de Chile, Ediciones Copihue, año 1972), Tomo I.-